

Lou Carrigan

A CENTAVO EL CADAVER


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

A CENTAVO EL CADAVER

Colección LA HUELLA n.° 79
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B. 12.616 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición en esta Colección: mayo, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Las siete y media. Un hermoso sol, un cielo azul y despejado, y por delante un día más de trabajo en el FBI.

Eso era vida.

Cada día, Bristol Regan se alegraba más de haber ingresado en el Federal Bureau of Investigation. El mayor aliciente era que nunca se sabía con exactitud qué trabajo le esperaba a uno sobre la mesa del inspector jefe Gordon. A veces, era un poco rutinario, de trámite. Pequeñas cosas. Pero las otras veces… Ah, las otras veces vahan la pena. Podía ser cualquier cosa, a cuál más interesante. En Miami podía ocurrir todo: desde un asesinato corriente, a la búsqueda de un espía o saboteador, o la persecución de un alijo de drogas… Todo.

Sí, señor: Bristol Regan estaba contento de haber ingresado en el FBI. Y satisfecho. Tan satisfecho como de sí mismo, porque la imagen que veía en el espejo le gustaba: alto, rostro varonil y más bien atractivo, anchos hombros, ojos oscuros, expresión simpática… Claro que aquella expresión simpática quedaba un poco disminuida por la pistola. Acababa de enfundarla, y la veía en el espejo, pegada a su axila izquierda, bien sujeta la funda por los atalajes que abarcaban sus hombros y se cruzaban en la espalda. Pero cuando se puso la chaqueta, la pistola dejó de verse, impecablemente oculta bajo la prenda de corte especial.

Se dio un toquecito a la corbata, dio un último vistazo a su indumentaria y se dijo que sí, que todo estaba bien, y que, puesto que eran las siete y media de la mañana, debía salir ya para la Delegación. Puntualidad. Un hombre serio debe ser puntual siempre.

Salió del dormitorio, y estaba cruzando el *living* del

apartamento, precisamente junto al teléfono, cuando éste emitió un timbrazo. Y antes de que sonase el segundo, Bristol Regan, agente especial del FBI, ya tenía el auricular en la mano.

—¿Diga?

—¿Bristol Regan?

—Sí… ¿Con quién hablo?

—Anthony Castle.

—¿Quién?

—Anthony Castle, hombre… ¿No me recuerdas? Jamaica, Panamá…

—Emmm… ¡Sí! —rió de pronto Bristol—. ¡Por supuesto que sí, Anthony…! ¿De dónde sales?

—Estoy en Tampa.

—¿En…? ¿No estás en Miami?

—Claro que no. Te llamo desde Tampa. Quiero que nos veamos, Bristol.

—Bien… Me dará mucho gusto, Anthony. Hace tiempo que no nos vemos, y será estupendo charlar de viejos tiempos… ¿Vas a venir a Miami? Dime por dónde llegas y te iré a…

—No, no… No pienso detenerme en Miami. Pero tenemos que vemos con toda urgencia…

—Bueno, yo no puedo abandonar mi trabajo así como así, Anthony.

—Nos vamos a ver esta tarde, en Nassau. Irás…

—¡En Nassau! —exclamó Bristol—. ¿Qué es lo que tenemos que hacer en las Bahamas, Anthony?

—No me interrumpas más. Escucha bien, Bristol: vas a salir lo antes posible para Nassau, en Nueva Providencia, Islas Bahamas. Tienes que estar allí esta tarde… Fácil, porque desde Miami a Nassau apenas hay una hora de vuelo. Una vez en Nassau, te harás llevar al Emerald Beach Hotel. Y allá me esperarás.

—Oye… Mira, Anthony, mis vacaciones aún no han empezado. Para ir a Nassau debería tener un buen motivo que…

—Tienes un buen, motivo, te lo aseguro. Por favor, Bristol, no me falles. Tienes que estar esta tarde en Nassau, Emerald Beach Hotel. Yo te llamaré al llegar, nos veremos y te entregaré el centavo.

—¿El qué?

—El centavo. Una moneda de centavo. Hasta la tarde, Bristol.

—Pero una mon…

Clic.

Bristol Regan se quedó mirando el auricular, entre intrigado y furioso, porque Anthony Castle le hubiese dejado con la palabra en la boca. Frunció las cejas, estuvo unos segundos pensativo, y, por fin, encogió los hombros y dejó el auricular en el soporte.

* * *

—¿Una moneda de centavo? —musitó el inspector jefe de la Delegación de Miami, Gordon.

—Sí, señor.

—Pero… ¿Por qué? ¿Qué importancia tiene esa moneda?

—No lo sé, señor. Me colgó el auricular, cortó la comunicación.

—Vaya… Es extraño. Una moneda de centavo no creo que pueda tener demasiada importancia. ¿De qué…?

Se oyeron unos golpecitos en la puerta del despacho de Gordon, y en seguida se abrió, y apareció el «G-man» de los ojos color pimiento. El más alto, fuerte, simpático y eficaz agente del FBI en la Delegación de Miami. Y, además, millonario: Tony Leopard.

—Buenos días, jefe —saludó alegremente—. Hola, Bristol… ¿Cómo te trata el tirano?

—Bien —sonrió Bristol.

—¿Bien? ¡Asombroso! Deben haberle hecho un lavado de cerebro y ahora cree que es otra persona.

El inspector Gordon sonrió un poco furiosamente.

—¿No tienes nada que hacer por ahí, Tony?

—No, señor. Anoche terminó aquello de las chicas… Y quedamos que esta mañana, a las ocho en punto… —Miró su reloj —. Ajá. Y ésa es la hora. Quedamos que a las ocho en punto…

—Ya sé, va sé… Lo recuerdo. Bueno, siéntate y espera. ¿Por dónde íbamos, Bristol?

—Por la moneda, señor…

—Ah, sí… Decíamos que una moneda de centavo no puede ser demasiado interesante. O quizá sí… Pero, bueno, esto es absurdo: no se cita a un agente del FBI para darle una moneda de centavo…

—¿Necesitas un préstamo, Bristol? —sonrió Leopard.

—No, no…

—Fíjate, Tony —musitó Gordon—: esta mañana, a las siete y media, cuando estaba a punto de venir aquí, han llamado a Bristol por teléfono, desde Tampa, un tipo llamado Anthony Castle…

—Anthony. Como yo. Seguro que es un tipo simpático.

—¡Déjate de tonterías ahora! Lo que importa es encontrar algún motivo por el que ese Anthony Castle quiera darle a Bristol una moneda de centavo.

—Mmm… Quizá le sobra de sus ingresos, y si la regala, los impuestos serán menores que si tiene…

—Por favor, Tony.

—Sí, señor. Le escucho.

—Bristol tiene que ir nada menos que a Nassau para recoger esa moneda. Anthony Castle le ha dicho que esta tarde tiene que estar en el Emerald Beach Hotel, de Nassau, que él llegará, le llamará y le entregará la moneda de centavo.

Tony Leopard quedó pensativo unos segundos.

—¿Cuándo empieza Bristol las vacaciones, señor?

—El próximo lunes.

—Faltan cinco días… Apuesto algo a que Bristol ha inventado ese truco de la moneda para llegarse a Nassau y ver cómo está el ambiente por allá, con vistas a sus próximas vacaciones.

Bristol sonrió, y Gordon soltó un bufido.

—Mira, si tu humor es tan bueno esta mañana, el mío no lo es tanto. Vete a tomar un café y vuelve dentro de media hora.

Leopard no le hizo caso, porque de nuevo había quedado pensativo.

—Emmm… ¿Quién es exactamente ese Anthony Castle, Bristol? ¿De qué lo conoces?

—Tuvimos tratos personales en dos ocasiones. Una en Jamaica, y otra en el Canal de Panamá, cuando los disturbios.

—¿Es inglés, norteamericano, australiano, canadiense…?

Bristol Regan alzó las cejas.

—Pues no lo sé… yo diría que no es nada de eso.

—Su nombre es inglés, ¿no?

—Sí… Bueno, no sé… Yo creo que no es nada de lo que tú has dicho, pero tampoco voy a asegurarlo. No sé cuál es su nacionalidad.

—¿A qué se dedica?

—Tampoco lo sé.

—¿No lo sabes? Pero estuviste en tratos con él en dos ocasiones, ¿no es cierto? ¿Qué ocurrió entonces, en Jamaica y Panamá?

—Pues… Él estaba metido en jaleos personales. Es un tipo curioso, alegre… No sé a qué se dedica. Yo diría que es un vividor… No. Mejor, un aventurero.

—Un aventurero… ¿Te parece la clase de hombre que se mezclaría en cualquier cosa?

—Sí.

—Lleva nombre inglés, pero no lo es. No sabes a qué se dedica, pero sí que es un aventurero capaz de complicarse la vida en cualquier cosa. Es un tipo alegre que dispone de un centavo para regalar…, y te cita en Nassau. ¿Estás seguro que entendiste bien lo del centavo? ¿No podría ser otra palabra?

—No, no, no… Seguro: un centavo.

—Pues, hijo, te regalo el acertijo. Espera… ¿Él sabe que tú eres un agente del FBI?

—Yo no se lo he dicho. Pero precisamente en Panamá ocurrieron diversas cosas, y puede que haya llegado a sospecharlo. Es un hombre astuto, inteligente. Muy risueño, pero siempre alerta, vivaz…

—¿Crees que ha podido llegar a la conclusión de que eres un agente federal?

—Pues… Sí. Es de los hombres que saben pensar, desde luego.

—¿Dirías que es honesto o un sinvergüenza?

Bristol se rascó la nuca, pensativo.

—No sé… Más bien diría que es de la clase de hombres que no son capaces de hacer nada malo… normalmente. Pero, por otra parte, ya te digo que es un aventurero capaz de hacer cualquier cosa, de mezclarse en el mayor lío que se te ocurra.

—¿No te dijo por qué quería darte una moneda de centavo?

—No. Colgó. Me dejó hablando solo en el teléfono.

Gordon alzó una mano, al preguntar:

—¿Tú confiarías en él, Bristol?

—Mmm… Sí, señor. De un modo general, sí. Hasta cierto punto, se entiende. Es un hombre simpático, ya les digo. Un buen chico. Pero, demonios, yo no sé qué pensar, ni me atrevo a predecir lo que

Anthony Castle es capaz de pensar o de hacer. Es una persona agradable, amena, divertida… Pero también nosotros somos agradables y cuando hemos de matar, matamos.

—Hombre, no seas lúgubre —protestó Leopard.

—Es extraño esto —musitó Gordon.

—Yo sólo le veo una solución, señor —sonrió Leopard—: que Bristol vaya a Nassau y se entere de todo.

—Bueno, no sé… Prescindir de un agente porque alguien quiere darle una moneda de centavo…

—Yo estoy libre, ¿no es así? Haré el trabajo de Bristol mientras él va y viene de Nassau. Esta noche puede estar de vuelta. Nos enteramos de lo que sea, y a dormir tranquilos.

—Anthony Castle me aseguró que yo tenía muy buen motivo para ir allá, señor —recordó Bristol.

—Un buen motivo… Y si sabe que eres del FBI… Bueno, me pregunto qué podemos perder con tu viaje. Unos cuantos dólares de avión y de hotel, y eso es todo… Está bien, Bristol: sal para Nassau cuando quieras.

—Ahora mismo. Hasta la vuelta, señor. Bay-bay, Tony.

—Bay-bay… Ah, oye, no te olvides de un detalle muy importante.

Bristol Regan se detuvo ya ante la puerta.

—¿Cuál detalle?

—Enviarnos una postal de Nassau, hombre.

* * *

Llegó a Nassau a las once de la mañana. Mejor dicho, al aeropuerto de Oakes Field. A la ciudad llegó apenas un cuarto de hora más tarde, en un taxi que lo dejó delante del Emerald Beach Hotel, frente a la playa, en North West Road.

También en Nassau hacía un día espléndido, de modo que, después de ocupar la *suite* 22 A, decidió almorzar en la terraza, mirando al mar, la playa y las chicas en bikini. Todo aquel asunto le tenía bastante intrigado, pero lo que menos se le ocurrió a Bristol Regan fue tener miedo o preocuparse por algo, de modo que decidió pasarlo lo mejor posible durante su estancia de pocas horas en aquella ciudad llena de palmeras, flores y rodeada de playas de color rosa. Mientras tomaba un aperitivo, escribió la postal al

inspector Gordon y a Tony Leopard, sonriendo humorísticamente, porque pensó que, probablemente, llegaría él a Miami antes que la tarjeta postal.

> «Estoy bien, hace un día hermoso, el aperitivo está fresco, hay muchas chicas en bikini y he pedido un almuerzo a base de mariscos y frutas. Apostaría algo a que el próximo lunes vuelvo a Nassau para disfrutar de mis vacaciones. Un abrazo,
>
> »Bristol».

Releyó la tarjeta y le pareció poco seria para enviarla a la Delegación del FBI, de modo que puso la dirección de Tony Leopard: 5774, Alton Road, Miami Beach, Fla., USA.

Después del almuerzo, dio un lento paseo por la playa, fumando, y pensando que debería convencer a Tony para que durante las vacaciones le prestase su yate. Buena cosa ser millonario. Y mejor aun cuando el amigo millonario es generoso, capaz de dejarle a un amigo desde un par de calcetines hasta un yate. Sí, eso haría: le pediría prestado el yate a Tony Leopard. Estaba decidido.

Hacia las tres, subió a su *suite*, con unas cuantas revistas. Acercó una silla al ventanal de la terraza, la colocó de modo que pudiese ver a quienes llegasen al hotel…, y luego la cambió por un cómodo sillón. Encendió un cigarrillo, abrió una de las revistas, y se dijo que todo habría sido perfecto de no haberse impuesto la obligación de mirar hacia la calle cada diez o quince segundos.

* * *

Pero a las seis de la tarde, esto tuvo su compensación: un taxi se detuvo delante del hotel. Y esta vez, sí. Esta vez, el pasajero que se apeó del vehículo, era Anthony Castle. Un botones se hizo cargo de la única maleta, más bien pequeña, y el propio Castle llevó su portafolios.

Asomando a la terraza, el «G-man» vio entrar en el hotel al simpático individuo con el cual había

coincidido ya dos veces en sus desplazamientos para otras tantas misiones. Dejó las revistas, entró en el *living* y se colocó junto al teléfono, mirando el reloj y haciendo cálculos respecto al tiempo que Castle tardaría en llamarlo… Naturalmente, habría visto su nombre en el registro, sabía ya que ocupaba la *suite* 22 A, y apenas llegase a la suya, le llamaría. Basándose en lo que había tardado él en llegar a su *suite* desde que entró en el hotel, calculó que su espera no podía ser superior a diez minutos.

Quince minutos más tarde, el ceño del «G-man» estaba fruncido y la tensión nerviosa empezó a molestarle. Anthony Castle había tenido ya tiempo más que suficiente para llamarle… Decidió esperar cinco minutos más.

Y ya pasados estos cinco minutos, impaciente, descolgó el teléfono y pidió conserjería.

—¿Diga, señor?

—Quisiera saber si el señor Castle está todavía ahí con usted… Ha llegado hace veinte minutos al hotel Anthony Castle.

—Ah, sí. No, el señor Castle no está aquí… Subió a su *suite* hace unos diez minutos.

—¿Está seguro de que no está en el vestíbulo?

—Segurísimo, señor.

—Bien… ¿Puede decirme el número de su *suite*?

—La 46 B.

—Gracias.

—A su disposición…

Bristol colgó, dedicó todavía un par de minutos a esperar junto al teléfono, y, finalmente, se decidió, de pronto Se puso la chaqueta, salió de la *suite* y recorrió el pasillo hacia las blancas escaleras. Llegó al cuarto piso, buscó la puerta 46 B…, y cuando se disponía a tocar el timbre, se dio cuenta de que la puerta no estaba completamente cerrada.

Solamente entornada.

Se quedó mirándola, fijamente, notando aquel presentimiento que le estremecía a veces. Por la levísima rendija que quedaba entre la puerta y el marco se veía la luz del sol que entraba en la *suite*. Pero sólo eso, pues su delgadez no permitía más.

Miró a ambos lados del pasillo antes de empujarla suavemente, con la punta de una uña, mientras se desplazaba a un lado y la mano derecha se mantenía delante del pecho… La puerta se fue abriendo sin que dentro de la *suite* hubiese reacción alguna.

Una pared con cuadros, un par de macetas, el extremo de un sofá, un sillón…

Y de pronto, la mano.

Una mano crispada, teñida de rojo.

Bristol Regan acabó de abrir la puerta y se quedó mirando al hombre tendido boca abajo en el suelo. No había nadie más en la *suite*, al parecer. El silencio era absoluto allí dentro. Entró lentamente, tras mirar detrás de la puerta por la rendija. Luego, cerró, y se quedó a pocos pasos del hombre caído en el suelo. Lo recordaba muy bien, y, además, lo había visto hacía veinte minutos, cuando descendió del taxi…

Se acercó a él y se quedó mirando aquellos ojos oscuros, abiertos y fijos en el punto tal que sólo llegan las miradas de los muertos… La cabeza ladeada, una pierna encogida… Las dos manos se tendían hacia adelante, y parecía que Anthony Castle, moribundo, se había arrastrado por el suelo, hacia… El
«G-man»
calculo que sólo podía haber intentado llegar al teléfono, que estaba muy cerca, sobre una mesita. Seguramente, había querido llamarle… Un asesinato. Lamentable y doloroso, pero no precisamente extraordinario.

Lo que sí resultaba extraordinario era la desnudez del cadáver de Anthony Castle. Completamente desnudo.

Y también era sorprendente que junto a su mano derecha, se viesen unas letras, escritas con su propia sangre.

CAPÍTULO II

Eran unas letras grandes, un poco deformes temblorosas, pero muy fáciles de leer. Allí, con trazos de sangre ponía sin lugar a ninguna duda, PROP. Sólo PROP podía poner allí. ¿Proposición, quizá? ¿Quería Anthony Castle haberle hecho una proposición?

Frunció el ceño, el
«G-man»
miró a su alrededor. Parecía que todo estaba en orden y no se veían señales de lucha o registro. Alzo un poco el cadáver, sin modificar su postura básica, y vio la sangre en el pecho; parecía que había recibido allí dos balazos. Naturalmente, disparados con pistola provista de silenciador.

Se incorporó y volvió a mirar a su alrededor esta vez más atentamente. Estaba buscando algo, pero no sabía exactamente qué podía ser… Claro: la maleta de Anthony Castle, y, mejor aún, el portafolios que él había visto desde la terraza.

No estaban.

Ni a la vista, ni en el dormitorio… Buscó durante un par de minutos, a pesar de que sabía que estaba perdiendo el tiempo. Quien había matado a Castle se había llevado a maleta y el portafolios, naturalmente. A fin de cuentas, eso sería lo que habían ido a buscar. Volvió a mirar el cadáver, cada vez más pensativo… ¿Porqué dejar desnudo al hombre que habían matado? La respuesta era tan simple que no hacía falta ser agente del FBI para comprenderlo; porque querían algo que Anthony Castle llevaba encima de su persona, o en la maleta, o en el portafolios. Entonces, se lo llevaban todo y así estaban seguros de tenerlo. También parecía simple la respuesta respecto a que cosa buscaban los asesinos de Anthony Castle: una moneda de centavo.

¿Y bien?

Allá tenía a un hombre que había muerto por un centavo… Y eso era todo lo que sabía.

Por supuesto, no pensaba complicarse la vida en Nassau de modo que ni se le ocurrió la idea de llamar a la policía colonial hasta que hubiese pensado en lo sucedido con calma, profundizando, elaborando teorías… y buscando el modo de encontrarle significado a la palabra PROP. Estaba claro que Anthony Castle había sido dejado en el suelo por muerto, y que él tuvo la serenidad de esperar a que sus asesinos se fuesen. Entonces, quiso llegar al teléfono, sin duda para avisarle a él… Llegó un momento en que comprendió que jamás alcanzaría el teléfono. Entonces, escribió aquellas letras.

PROP

¿Era una palabra completa? ¿El principio de una inacabada? ¿Unas siglas? ¿Tenían algo que ver con la moneda, consigo mismo, o quizá con el
«G-man»
Bristol Regan…?

Éste se asomó cautelosamente al pasillo, no vio a nadie y salió de la *suite* 46 B, regresando a toda prisa a la suya. Cerró la puerta, encendió un cigarrillo y se dejó caer en el sofá, junto al teléfono… Bueno allá tenía la prueba de que lo que había estado pensando aquella mañana era cierto: un agente del FBI nunca sabe con exactitud lo que puede ocurrirle aquel día, al levantarse. Esta vez, aparentemente, se trataba de un asesinato tras el cual se desnuda completamente a la víctima y roban todas sus pertenencias.

Durante un cuarto de hora estuvo pensando en lodos los datos que poseía. Finalmente, se convenció de que sólo estaba seguro de una cosa: que habían matado a Anthony Castle para robarle un centavo.

Se quedó mirando al teléfono, dubitativo. ¿A quién llamaba: al inspector Gordon, en la Delegación…, o a Tony Leopard, en su domicilio particular? Si llamaba a la Delegación, era posible que alguien del hotel se enterase de que él era un agente del FBI, lo cual no le convenía de ninguna manera; en la Delegación, al recibir la

llamada, responderían: «FBI: diga…».

No, no…

Descolgó el auricular.

—Quisiera una conferencia con Miami Beach.

—¿…?

—El JE siete-treinta y uno-catorce.

—¿…?

—Sí, espero. Gracias.

Encendió otro cigarrillo. Naturalmente, en Nassau había agentes del FBI, pero le resultaría problemático localizarlos, y, de todos modos, no le convenía hacerlo. Era mejor llamar a Tony, decirle más o menos ocultamente lo ocurrido, y en dos horas, el «G-man» de los ojos color pimiento se presentaría allí, aunque tuviese que alquilar por su propia cuenta y pagándolo de su bolsillo, un avión o helicóptero… El teléfono emitió un timbrazo y Bristol descolgó inmediatamente el auricular.

—¿Eres tú, Tony…?

—¿…?

—Oh, Georges… Claro, debí suponer que Tony no estaría…

—¿…?

—No, no… Oye, sólo tienes que decirle que le he llamado desde Nassau… Sí, hombre, soy Bristol Regan… Dile a Tony que venga aquí cuanto antes, que lo vamos a pasar estupendamente.

—Ésa es la palabra: estupendamente. Añádele que las cosas se han puesto al rojo vivo y que le apuesto cien dólares a que lo pasamos mejor aquí que en Miami. Y otra cosa: si él no viene, yo me quedo de todas maneras, no regresaré a Miami cuando habíamos convenido… ¿Lo has entendido bien, Georges? Ah estoy en la *suite* 22 A del Emerald Beach.

—¿…?

—Pues eso es todo. Hasta la vista.

—¿…?

—Adiós, adiós.

Colgó. Bueno, sólo tenía que esperar a que Tony apareciese por su quinta, y Georges, el mayordomo, le daría el recado. Seguro que no iba a necesitar descifradores de claves el astuto Tony Leopard: saldría hacía Nassau como un rayo, tras solicitar permiso de Gordon

y recibir instrucciones complementarias.

Decidió darse una vuelta por el vestíbulo del hotel, y por las cercanías. No sabía exactamente que iba a buscar; lo mismo podía ser algún sospechoso, que un coche No sabía. Pero alguien había asesinado a Anthony Castle, y quizá no estuviese muy lejos De todos modos menos iba a solucionar permaneciendo en su *suite* que examinando muy bien el terreno que le rodeaba.

Bajó al vestíbulo, con la actitud del alegre deportista en vacaciones, pero mirando a todos lados. Ojalá Tony Leopard llegase pronto. Él era el mejor, y seguro que encontraría el principio del hilo para empezar a tirar. Mientras tanto, él podía…

El conserje le estaba haciendo señas y se acercó.

—¿Encontró al señor Castle?

—Emmm… No. Estuve llamando, pero no contestaron a la puerta. Es posible que haya salido.

El conserje parpadeó.

—¿Salido? No le he visto… ¿Ha mirado en las terrazas o en la playa…? También tenemos una piscina y tenis… Quizá el señor Castle esté por uno de esos sitios Perdone. John, ven acá, por favor.

Un empleado del hotel, con uniforme, se acercó al mostrador y se quedó mirando al conserje.

—Tú subiste al señor Castle su equipaje… ¿Sabes si ha salido de su *suite*? Quizá lo hayas visto por la piscina o…

—Es que no recuerdo…

—El cliente de la 46 B.

—Ahí, sí… No, no lo he visto. Debe estar todavía arriba. Parecía cansado, y es posible que esté durmiendo.

Bristol se quedó mirando al hombre. Debía tener casi cincuenta años, el pelo muy canoso ya, mirada amable, y una expresión tal en su rostro, que sospechar de él como asesino de Anthony Castle era una tontería.

Todo podía ser, ciertamente, pero el «G-man» no se imaginó a aquel hombre entrando con la maleta de Castle en la *suite*, como un servicial botones, y luego meterle dos balas en el pecho. Además, sería demasiada casualidad que el asesino estuviese de empleado precisamente en el hotel donde Castle le había citado.

—Por eso no me contesta… —sonrió Bristol—. Lo dejaremos dormir hasta que él quiera. Esperemos que los demás respeten también su cansancio y su sueño… ¿Habló con alguien o alguien parecía ir con él…?

El empleado llamado John movió negativamente la cabeza.

—No, señor. Llegamos allá, y él parecía tener prisa en quedarse solo, de modo que me fui apenas dejar la maleta en el suelo. No me pareció que nadie estuviese con él.

—Estupendo… —sonrió de nuevo el
«G-man»
—. Lo dejaremos dormir, y ya me las arreglaré solo. De todos modos, gracias a los dos.

Se alejó del mostrador, pensando que era un contratiempo que le relacionasen con Anthony Castle. Pero la culpa era exclusivamente suya, por haber pedido el número de su *suite*… Esperaría a Tony. Luego, ya decidirían entre los dos qué era lo más conveniente.

Se dio una vuelta por el espacioso vestíbulo, con las manos en los bolsillos y el aspecto más despreocupado del mundo. Pocos minutos después, salía a la calle. A veces, algunos coches estacionados tienen ciertas características que pueden llamar la atención a un
«G-man».
Quizá la matrícula; un par de hombres en el asiento, esperando; las cortinillas echadas…

—Siga caminando. Sin volverse. Y sin alterarse.

La voz sonó tras él, y Bristol Regan supo con toda seguridad que no estaban bromeando. Se detuvo un instante solamente, debido a la sorpresa, pero reanudó su camino, despacio, como si nada estuviese ocurriendo.

Pero algo estaba ocurriendo.

—Hacia el centro de la ciudad, sin cruzar la calle. Cuando un coche azul se pare junto a usted, suba. Tengo una pistola que le está apuntando.

Bristol asintió con la cabeza, y continuó caminando. Apenas recorridas cien yardas, un automóvil azul muy claro se detuvo silenciosamente junto a él. Había un hombre al volante, y otro en el asiento de atrás.

—Suba.

Obedeció, sentándose junto al hombre que ya ocupaba el asiento trasero del vehículo, y que tenía una pistola con silenciador en la mano derecha. El otro entró también, y el coche se puso en marcha de nuevo… Y se detuvo segundos después en la esquina del Bahamas Country Club. Bristol tenía ya una idea acerca de aquellos hombres: serios, herméticos, decididos, de treinta y cinco años como máximo el mayor de ellos. Gente capaz de cualquier cosa sin inmutarse lo más mínimo.

El que le había ordenado entrar en el coche tendió la mano izquierda.

—¿Tiene pistola?

—Sí.

—Démela… —Sus ojos parecieron endurecerse—. Sólo «démela». ¿Entiende?

Bristol asintió con la cabeza y sacó la pistola, muy suavemente. El que iba al volante se había vuelto y lo miraba por encima de otra pistola, con dura ironía, como esperando que se atreviese a hacer otra cosa diferente a la ordenada. Pero el «G-man» conocía bien a aquella clase de hombres, y se limitó a entregar su arma. Desde luego, no eran delincuentes vulgares. Demasiado fríos y seguros de sí mismos para ser gente de poca monta.

El hombre se guardó la pistola.

—Ahora, su billetera. Sea sensato.

Le entregó la billetera, resignado. El hombre palideció un poco al ver la tarjeta de identidad del FBI, y luego se lo quedó mirando fijamente, quizá irritado, quizá disgustado. Bristol pensó que debía haber hecho aquel viaje con su documentación personal exclusivamente, pero el error ya estaba cometido. De todos modos, no tenía por qué pensar que todo aquello iba a suceder…

—Del FBI… —musitó el hombre—. Es del FBI.

—Maldita sea —gruñó el que estaba sentado junto a Bristol—. Ese cochino nos ha traicionado…

—Calla. ¿Ha venido solo, Regan?

Bristol no lo pensó ni un segundo.

—Por supuesto que no.

—¿Con quién ha venido?

—Con dos compañeros.

—¿Están en el Emerald Beach?

—Es posible.

El hombre entornó los ojos.

—¿Qué equipaje ha traído usted?

—Ninguno.

—¿Qué *suite* ocupa? ¿La veintidós A…, o sólo estuvo allí también de visita?

—Ocupo esa *suite*.

—¿Por qué ha venido a Nassau?

—Vacaciones.

—¿Vacaciones? Usted fue a ver a Anthony Castle ¿no es cierto?

—Pues bueno, es inútil negarlo, porque, según parece, ustedes me vieron.

—Si le hubiésemos visto nosotros personalmente, ahora estaría muerto, Regan. ¿Qué tenían que decirse usted y Castle?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Me citó en Nassau, eso es todo.

—¿Para qué?

Bristol frunció el ceño, sopesando aquella posibilidad de alargar su vida.

—Para entregarme un centavo.

—¿Y se lo entregó?

—Es posible.

—Nosotros creemos que no pudo entregárselo. Y le diré por qué: estuvimos esperando a Anthony Castle en el aeropuerto. Cuando llegó, tomó un taxi, se vino al hotel, y allá lo matamos. En ningún momento estuvo en contacto con usted, lo sabemos muy bien.

—Entonces, debe ser que yo no tengo el centavo.

—¿Lo tiene o no?

—Usted dice que no.

—Y usted, ¿qué dice?

—¿Yo? Nada.

El hombre que llevaba la voz cantante quedó pensativo unos segundos, mirando fijamente a Bristol. No había truculencia ni amenazas en sus gestos o expresiones, y eso no le gustaba al
«G-man»,

porque sabía que esa clase de hombres son los más peligrosos. No suelen irritarse, ni perder la compostura. Hacen lo que tienen que hacer, y eso, es todo. Cuando llega el momento de disparar, cuando calculan que su presa ya ha dado todo de sí, aprietan el gatillo y ya está. No… Desde luego que no eran unos delincuentes vulgares…

De pronto, el hombre sacó un aparato metálico, rectangular, casi del tamaño exacto de un paquete de cigarrillos… Y eso fue suficiente para que Bristol Regan supiese con qué clase de gente se estaba jugando la vida.

El hombre apretó un botoncito de la radio de bolsillo.

—¿Coffelt?

—Dime, Polk.

—Cuidado: el tipo que estuvo en la *suite* de Castle pertenece al FBI. Dice que ha venido con dos compañeros, pero creo que es mentira. Anthony debió llamarlo desde Tampa, lo citó aquí, y él vino solo, sin dar demasiada importancia al asunto. Eso quiere decir que, por lo menos, no sabe nada del centavo. Sobre el centavo, quiero decir. Ocupa la *suite* veintidós A, en efecto, de modo que ve allá y registra bien. Él dice que no ha traído equipaje, pero la moneda puede estar en cualquier sitio.

—Si la tuviese, ya se habría marchado de Nassau, o estaría a punto de hacerlo. Y ha estado perdiendo el tiempo por ahí. No creo que la tenga, ni que esté en su *suite*. Y si no ha traído equipaje, mejor.

—Quizá Castle tuvo algún medio de entregársela.

—Sabes muy bien que no tuvo ninguno. Ese tipo no sabe nada, ni tiene la moneda, ni hay más de los suyos en Nassau, al menos en contacto con él. Está solo. De modo que liquidadlo. Yo me ocupo de lo demás.

—Bien… Quizá sea lo mejor. Pero… ¿y si no está solo?

—Está solo. Llamó a Miami Beach, seguramente pidiendo ayuda.

—¿A quién llamó? ¿Al FBI?

—A ese número, seguro que no. Pero no he podido enterarme de a cuál lo hizo. Y veo difícil conseguirlo ya. De todos modos, si lo consigo, tendremos que ir a Miami Beach, a liquidar también a quien él ha llamado. De momento, matadlo a él. No hay que correr riesgos, por muy agente del FBI que sea. No olvidéis que el maldito Castle ha traído el jaleo precisamente a Nassau.

—Está bien. Luego nos veremos.

—De acuerdo.

Polk se guardó la radio en un bolsillo de la americana, y se quedó mirando seriamente a Bristol.

—Bueno, ya lo ha oído, ¿no?

Bristol estaba un poco pálido, y notaba la boca seca. Tuvo que asentir con la cabeza, antes de conseguir la voz:

—¿Para quién están trabajando ustedes?

—¡Igual que en las películas! —rió el del volante—. Le decimos lo que le interesa, luego él se escapa heroicamente, y como ya lo sabe todo, llama a sus amigos y nos atrapan a todos. ¿No es eso, federal?

—Ustedes son espías.

Polk encogió los hombros.

—Vámonos, Godby. No podemos perder tiempo en estas tonterías, mientras el centavo está dando vueltas por ahí.

—No, hombre… Ya verás cómo lo tiene Anthony. Te apuesto algo a que se lo tragó. Es un truco viejo. Debió vernos y se lo tragó.

—Ojalá sea así. En marcha.

Godby se volvió, guardó la pistola y puso el coche en marcha, dándole la vuelta, de modo que tendrían que pasar nuevamente por delante del Emerald Beach Hotel…

—¿Qué demonios estás haciendo? —Gruñó Polk—. ¿Pretendes dar una vuelta de tres millas para llegar a Cunningham Lake? ¡Da la vuelta otra vez y toma Interfield Road!

Godby refunfuñó algo, pero obedeció. Poco después subían por la curva de Farrigton, hasta llegar a la desviación, entrando en Interfield Road, que une los dos aeropuertos de Nueva Providencia: Oakes Field y Windsor Field.

Casi en seguida de haber empezado a rodar por Interfield Road, Bristol Regan vio el agua. Tenía un tono medio gris, medio negro, medio azul, quizá por la hora crepuscular. El sol empezaba a declinar, y todo tomaba las extrañas tonalidades del principio de la noche. Tampoco para adivinar lo que iba a ocurrir hacía falta haber estudiado cursos especiales de capacitación mental y entrenamiento físico. La cosa era tan sencilla como vieja: al
«G-man»
le meterían unos cuantos plomos en el cuerpo, lo tirarían al lago

Cunningham y ya está. Desde ese momento al en que descubrieran su cadáver, lo mismo podían pasar dos días que dos siglos. Y seguramente, el período de tiempo era lo de menos. El FBI buscaría, indagaría… Casi con seguridad, podría obtener un fruto de su investigación… Sí. Casi seguro.

Pero el agente especial Bristol Regan no sería de los que disfrutarían de ese triunfo…

—Para.

La voz del llamado Polk casi le sobresaltó. ¿Ya? ¿Ya iban a matarlo y tirarlo al lago? Desde luego, algo tendría que hacer, algo debía hacer, aunque sólo fuese por no dejar en mal lugar al FBI. No era frecuente que los agentes federales se dejasen matar pasivamente, sin intentar cualquier cosa, por descabellada que pareciera.

Pero el coche se había detenido precisamente en un lugar bastante alejado de la orilla del lago, y nadie parecía tener intención de salir del coche. Se veía un sol rojo delante de ellos, un mar azul, en un pequeño punto entre dos declives. Y luego el lago, sombrío…

—¿Puedo fumar? —musitó Bristol.

—Fume. Pero si intenta algo, vivirá unos minutos menos, Regan.

El

«G-man»

sacó su paquete de cigarrillos y se colocó uno en los labios. Una cosa curiosa: tenía miedo. Sabía que aquellos hombres estaban pensando en cualquier cosa menos en gastarle una broma, y tenía miedo. El suficiente para que su mano temblase un poco. Godby se había vuelto, y lo contemplaba con curiosidad. Sólo eso: curiosidad. Tan sólo una hora antes no le conocía, y ahora iba a ser uno de los que lo matarían. Seguramente, se estaba preguntando qué clase de hombres eran los agentes del FBI a la hora de morir, y eso fue como un impacto en pleno estómago de Bristol. Y sirvió para recordarle que mientras un agente del FBI muere, los demás siguen trabajando.

Había hecho bien en pedir permiso para fumar. Sacó su encendedor con la microcámara oculta, y encendió el cigarrillo, tomando una fotografía de Godby. Luego, volviéndose ligeramente, tomó otra fotografía de Polk, que acababa de sacar su radio de bolsillo, y lo estaba mirando hoscamente.

—No sea estúpido… —gritó—. Shields, hazte cargo de su encendedor. Tiene una cámara oculta.

Bristol se pasó la lengua por los labios cuando Shields, suavemente, le quitó el encendedor. Polk había apretado el botón de llamada de la radio de bolsillo.

—¿Coffelt?

—Hola. ¿Ocurre algo?

—Por aquí, no. ¿Y tú?

—Todo bien. Ya hemos sacado el cadáver del hotel. Saldrá en seguida hacia su destino. ¿Y vosotros?

—Todo bien. Seguimos con el del FBI. Hemos pensado en el lago Cunningham.

—Perfecto. Luego, regresad. Anthony Castle va a quedar en seguida en buenas manos… Un momento… Ya están aquí. Les vamos a entregar el cadáver y todo arreglado por nuestra parte, de momento. Cuidado con ese federal: no descuidaros.

—No te preocupes. Corto.

Guardó la radio y miró a Godby.

—Acabemos… —señaló hacia adelante—. Ve despacio, hasta que sea de noche. Recorre la milla que falta en diez minutos.

—Una milla en diez minutos… Sería peor que ir a pie. ¿Por qué no nos fumamos un cigarrillo, igual que él?

—Buena idea.

* * *

Diez minutos después, ya casi de noche, Godby encendió el motor y puso en movimiento el automóvil. Recorrieron aproximadamente una milla, antes de meter el coche por entre unos altos cocoteros. El coche se zarandeaba y Bristol veía las aguas del lago, ahora casi completamente negras… Tan negras como una tumba. El coche se detuvo, por fin, y Shields se apeó en seguida. Metió su pistola por el hueco de la portezuela.

—Baje.

CAPÍTULO III

Bristol miró a Polk y Godby, ambos con la pistola en la mano, y supo que todo lo que podía hacer era salir del coche. Realmente, lo mismo daba morir en el asiento que afuera, sobre la hierba del borde del lago. Sólo que afuera quizá pudiese intentar algo.

Godby y Polk se apearon después que él. El segundo se lo quedó mirando pensativamente.

—Desnúdese, Regan.

—Emmm… ¿Desnudarme?

—Del todo. Estamos seguros de que Anthony Castle tiene la moneda en el estómago, pero no queremos dejar ningún cabo suelto. Si de un modo u otro él pudo entregársela a usted, la debe tener encima… Nos quedaremos con sus ropas. Empiece.

Bristol se quitó la chaqueta. Luego, la corbata, la camisa, la camiseta… Los tres hombres lo miraban fijamente, convencidos posiblemente por encuentros anteriores de que un agente del FBI merece el honor de la más estrecha vigilancia hasta el último momento, a pesar de no tener armas ni ninguna posibilidad de defensa.

—Trae el esparadrapo, Godby.

El conductor del automóvil azul regresó al coche y f salió segundos después con un rollo de ancha tira de esparadrapo. Todavía en pantalones, Bristol recibió la orden de volverse y colocar las manos atrás. Godby fue el encargado de atarle las muñecas con el esparadrapo, y lo hizo con fuerza, sin piedad, arrancando el vello de las muñecas del
«G-man».

—Ahora, tiéndase en el suelo. Nosotros le quitaremos el resto de la ropa… Shields, mira a ver si sus zapatos tienen tacón de doble

fondo, y qué hay en ellos…

Se oyó un suave zumbido en el pecho de Polk, que frunció el ceño y sacó su radio de bolsillo, dejando paso a la llamada.

—¿Sí, Coffelt?

—Olvidé algo antes, Polk. Una cosa extraña… No sé si debemos preocuparnos por ella: Castle dejó escritas en el suelo, con su sangre, unas letras. Eso indica que no murió tan instantáneamente como creísteis, y quizá…

—¿Qué letras son ésas? —cortó secamente Polk.

—PROP… En mayúsculas. Cuatro letras:

P-R-O-P.

Eso es todo. No se nos ocurre…

Bristol Regan consideró que había llegado el momento de hacer algo por conservar la vida. Polk estaba pendiente de la radio, Godby lo estaba de ambos, y Shields, si bien le vigilaba, prestaba no poca atención a la llamada del llamado Coffelt.

Lo que menos se le ocurrió fue intentar atacar a ninguno de aquellos tres hombres. Su agresión a Shields fue debida únicamente a que la consideró necesaria para poder conseguir el resto del rapidísimo plan que había pensado para escapar con vida de tan apurada situación.

Entonces, todo lo que hizo fue propinar un violentísimo puntapié al vientre de Shields, que lanzó un grito, soltó la pistola y cayó primero de rodillas y luego de bruces, lentamente… Tan lentamente, que para entonces Godby y Polk habían olvidado por completo la radio y volvían sus pistolas, listas para el disparo, hacia el «G-man», que ya estaba en el aire, tras el salto hacia el borde del lago.

Plop.

Plop.

Plop…

Bristol Regan pareció como una pluma al viento. A pesar de tener las manos atadas a la espalda, había saltado bien, con brío… Pero el tercero de los disparos pareció accionar una cuerda que lo sujetaba sobre las aguas. Se le vio un brevísimo instante girar en vuelta completa sobre sí mismo antes de caer pesadamente al agua, que se abrió bajo él con grandes salpicaduras de espuma blanca.

Polk y Godby adelantaron precipitadamente unos pasos, hasta el borde fangoso del lago. Las pistolas se movían a toda velocidad, buscando una posible salida del
«G-man»
a la superficie. A fin de cuentas, un hábil nadador puede muy bien salir de un apuro semejante sin ayuda de las manos.

Godby, que era más nervioso, disparó dos veces hacia los círculos concéntricos que se estaban extendiendo por la superficie. Polk llegó a la conclusión de que no valía la pena ahorrar balas, y también disparó hacia allí varias veces… Unos cuantos surtidores de espuma marcaron los lugares donde las balas se hundían en el agua buscando el cuerpo del agente federal…

—¡Ve hacia allá! —señaló Polk—. ¡Y vigila bien!

Godby se alejó unos pasos a su derecha, mirando con fijeza obsesiva al agua, mientras Polk hacía lo mismo desplazándose un poco a la izquierda. Shields estaba ahora de rodillas, con las manos en el vientre, muy pálido, respirando con dificultad. Pero se arrastró hacía la pistola, la empuñó y continuó de rodillas hacia el borde del agua, crispadas las mandíbulas en una muestra de su ira.

—Polk —se oía débilmente la radio de bolsillo, caída en el suelo —. ¡Polk! ¿Qué ocurre?

Polk tanteó por el suelo, sin dejar de mirar hacia el lago. Encontró la radio y la alzó hasta su boca.

—El federal… Ha intentado escapar por el lago… Ha golpeado a Shields y ha saltado al agua. Pero le he acertado, y no sale…

—¡No os confiéis! —Se oyó el grito de Coffelt—. ¡No quiero fallos con un tipo del FBI!

—Estamos vigilando el lago, pero no sale… Quizá no le haya matado con esa bala, pero estoy seguro de que le he dado… Y tenía las manos atadas a la espalda… No podrá salir, Coffelt.

—Vigilad bien. No dejéis nada al azar.

—No cortes. Te iremos diciendo lo que ocurra.

Polk dejó la radio en el suelo y concentró más su atención hacia el lago. Pero las negras aguas permanecían inmóviles ahora que ya habían cesado los círculos concéntricos. Volvían a mostrar aquel suave rizado de la leve brisa que pasaba por entre palmeras, procedente del mar.

Un minuto.

Dos, tres, cuatro, cinco…

Polk recogió la radio.

—Coffelt.

—¿Sí?

—Asunto resuelto. Ese tipo no ha salido. Se ha ahogado.

—¿Seguro?

—Seguro —masculló Polk—. ¿Por quién nos tomas? Tiene una bala en el cuerpo, las manos atadas a la espalda, ha caído al agua, y somos tres a mirar… Si hubiese asomado tan sólo la nariz, ya tendría más balas en el cuerpo. Se ha ahogado.

—Está bien.

—Me pregunto si tendría la moneda en sus pantalones. Le quitamos la chaqueta, la camisa, la corbata, la camiseta… No sé si ha saltado al agua para intentar escapar o porque tenía la moneda en los pantalones, o los zapatos…

—Ya te digo que no creo que él tenga la moneda. De todos modos, tenemos el cadáver de Castle… Si él no tiene la moneda, no será mucho trabajo volver al lago a sacar el cadáver del federal. Pero si Anthony Castle tiene la moneda, olvidemos a ese tipo del FBI ¿De acuerdo?

—Está bien. ¿Qué hacemos ahora?

—Venid. Ya sabéis adonde. Castle ha complicado un poco las cosas con su llegada a Nassau, de modo que tendremos que estar pendientes de instrucciones especiales.

—¿Llevan el cadáver a la base?

—Sí. Pero olvidad eso. Simplemente, venid aquí. Lo demás lo harán ellos. Os espero.

—Vamos para allá.

Se guardó la radio. Estuvo todavía un par de minutos más mirando hacia el lago, igual que Godby y Shields, que todavía estaba pálido, no tan sólo de dolor, sino de rabia contra sí mismo. Era absurdo confiarse con un agente del FBI.

—Ya está bien —dijo Polk—. Creo que es mejor que nos marchemos de aquí… Coffelt nos está esperando en nuestro lugar de reunión.

Dirigieron una última mirada al agua. Polk fue el primero en volver la espalda al lago. Los otros dos le siguieron hasta el coche. Godby se colocó al volante, y Shields se dejó caer en el asiento de

atrás, murmurando palabras desagradables.

Polk lo miró hoscamente.

—Debió matarte… —susurró—. Ese tipo del FBI debía haber pegado más fuerte y más certeramente. Imagínate que hubiésemos estado en otro lugar, o que no hubiese tenido las manos atadas, o que yo hubiese fallado…

—Está bien, ¿qué demonios quieres? Me pegó, saltó al agua y ahora está muerto… ¡Déjame en paz!

—Oh, sí, claro… Llevamos un montón de tiempo esquivando al FBI y a la CIA. Finalmente, el maldito Castle los pone detrás de nosotros, que conseguimos atrapar al del FBI. Y si yo no hubiese disparado, cualquiera sabe dónde estaría ahora… Y dices que te deje en paz. ¿En qué estabas pensando?

—A lo mejor no se acordaba de que era del FBI —dijo Godby, sonriendo divertido.

—¿Qué más da? —mascculló Shields—. Está muerto, ¿no? Pues vamos a olvidarlo, y eso es todo. Regresemos, Godby.

* * *

Con el agua hasta el cuello, Bristol Regan oyó el motor del coche al ponerse en marcha. Poco después veía las luces, que iluminaron algunas palmeras, primero en la copa y luego los troncos, mientras el vehículo se desplazaba por el irregular terreno. Pocos segundos después, veía las luces en perfecta horizontal, por entre abundantes troncos y vegetación, alejándose. Se mantuvo en el agua todavía no menos de cinco minutos, esperando. No quería sorpresas tan desagradables como la que había recibido al salir del hotel.

Cuando había recibido el balazo en un lado de la frente, apenas como el golpecito de un guijarro, la sangre había brotado en seguida. Pero el agua la había limpiado, mientras nadaba bajo ella hasta que tuvo necesidad absoluta de sacar solamente la nariz, para continuar lago adentro…

Ahora, casi a ciento cincuenta yardas de la orilla, la sangre volvía a salir por el corte que la bala había producido en su frente y se metía en un ojo, dificultándole la visión. Metió la cabeza bajo el agua, para quitarse la sangre. Cuando volvió a mirar hacia la orilla, la oscuridad más completa reinaba en aquel lugar… Un automóvil pasó, a toda velocidad, hacia Nassau, con feroz rugido del potente

motor.

Cierto: la orilla estaba hacia aquel lado.

Valiéndose solamente de los pies, empezó a nadar, lentamente, hacia el borde del lago, sin hacer ruido. Tenía la sensación sobrecogedora de que todo el lago Cunningham era una enorme boca negra, que estaba esperando su menor descuido para engullirlo. Pero mientras sus piernas estuviesen en buenas condiciones, sabía que conseguiría mantenerse a flote, o nadar de un modo u otro. Sacaba la cabeza con gran tesón, estirando mucho el cuello, como un perro, y sus piernas se movían frenéticamente, igual que las de una rana… Este pensamiento le hizo sonreír: sacaba la cabeza como un perro y nadaba como una rana… Mejor habría sido poder volar como un pájaro, desde luego.

Tardó cinco minutos en llegar a la orilla, porque así se lo había propuesto. Se dejó caer de pecho sobre el lodo, respirando contenidamente, mientras sus oídos permanecían alerta, atentos al menor ruido, a una respiración, al menor sonido humano…

Nada.

Verdaderamente, lo habían dado por muerto. Volvió a meter la cabeza en el agua, para limpiarse de nuevo la sangre que resbalaba por un lado de su cara. Luego se incorporó, afirmó los pies en el blando suelo fangoso y salió a tierra firme. Caminó unos pasos antes de dejarse caer sentado sobre la hierba, respirando desacompasadamente. Por encima suyo oyó un zumbido persisten, y al alzar la cabeza vio las luces de un avión procedente del Oeste. Seguramente, de Miami. Allá hubiese querido estar en aquel momento: en Miami, con el inspector Gordon, y el estupendo Tony Leopard, y los demás compañeros del FBI…

Dio un tirón violento con los brazos. El esparadrapo lo había atado con fuerza, pero al mojarse casi se había despegado completamente sobre el vello de sus muñecas. Dos tirones más, y los brazos del agente del FBI quedaron libres. Acabó de quitarse las tiras adhesivas y se puso en pie.

Chorreando agua por todo el cuerpo y un hilillo de sangre por la frente, caminó hacia la carretera que unía los dos aeropuertos. Salió a ella justo cuando un automóvil pasaba a más de sesenta millas por hora hacia la ciudad, sin posibilidad de que el conductor pudiese verlo.

Sacó el pañuelo del bolsillo, lo escurrió y se lo puso en la frente, anudándolo detrás de la cabeza. Por lo menos, no sentiría aquella desagradable sensación de la sangre en su rostro. Se sentó, pensando que de buena gana se fumaría un cigarrillo…

Apenas tres minutos más tarde, un par de luces aparecieron en la distancia, delatando a un coche procedente de Nassau. Bristol se puso en pie, un poco estremecido de frío, dispuesto a molestar a quien fuese con tal de que lo llevasen a la ciudad.

Poco antes de llegar a su altura, el coche aflojó la marcha… Bristol saltó a la carretera, colocándose en la parte izquierda, con un brazo en alto. Cuando las luces del coche lo iluminaron, el vehículo ya se había detenido. Se oyó otra vez el zumbido del motor, y el coche adelantó el medio centenar de yardas, hasta detenerse frente al «G-man», que ocupaba la carretera en su lado izquierdo.

Fue hacia la ventanilla del conductor, y cuando se iba asomando en la ventanilla apareció una cabecita rodeada de cabellos que parecían de oro. Unos grandes ojos muy claros quedaron fijos en el agente del FBI.

Y una boquita redonda, de dibujo dulcísimo, quedó ante sus ojos. La voz también era dulce, suave, amable…

—¿Le ha ocurrido algo, señor?

CAPÍTULO IV

Bristol Regan parpadeó, apabullado ante aquel par de ojos tan grandes y azules. ¿O no eran azules? La muchacha había encendido la luz del coche, pero precisamente eso contribuía a ocultar ciertos detalles que…

—¿Está usted bien?

—¿Eh? Sí… Oh, sí… Por favor, necesito llegar cuanto antes a Nassau. He tenido un accidente… ¿Pueden llevarme?

Junto a la muchacha veía a un hombre, pero no le prestó demasiada atención, porque le pareció vulgar, de edad avanzada. En cambio, la muchacha era un bombón. Y seguramente sería más sensible a las dificultades del prójimo, que, a fin de cuentas, era lo que le interesaba a Bristol.

—Venimos de allí —dijo la rubita de la boca dulce—. Y la verdad es que tenemos un poco de prisa, señor. ¿Qué le ha pasado?

—Un accidente.

—Sí, pero…

—¿Hacia dónde van ustedes? ¿No pueden volver a Nassau?

—Bueno… Están esperando lo que llevamos en el coche, señor… Suba. Usted…, usted está necesitando ayuda. Si le parece bien iremos a casa, podré proporcionarle algo de ropa, y luego lo llevaré a Nassau… Parece que ha tenido un accidente muy serio.

—Puedo esperar otro coche que vaya hacia Nassau…

—¡De ninguna manera! Suba, por favor… ¿Norteamericano?

—Sí… Sí, sí.

—No puedo dejarle aquí… Jamison le cederá su asiento a mi lado… ¿Verdad, Jamison? Ve a la parte de atrás, por favor.

—Mire, no… Por favor, no quisiera…

Jamison era el hombre que acompañaba a la muchacha. Debía

tener unos cincuenta y cinco años, y parecía un poco hosco, retraído. Sin decir palabra se apeó por el otro lado. Abrió las dos puertas de la trasera del coche-furgoneta y entró por allí, dejando libre el asiento.

—Vamos, suba.

—Bien… Muchas gracias.

Bristol rodeó el coche por delante y se sentó junto a la muchacha, que se quedó mirando el agua que chorreaba de los pantalones del «G-man», el cual carraspeó, un poco cohibido.

—Bueno… Como me caí al agua…

—No se preocupe. Los asientos son buenos. ¿Qué clase de accidente ha tenido usted?

Bristol se volvió hacia la trasera del vehículo. El hombre llamado Jamison estaba allí, sentado un poco incómodo sobre un saco. Cerca de él se veían algunos cestos con frutas…

—Pues… Bueno, me caí al lago…

La muchacha volvió la cabeza hacia él, lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Entiendo. Menos mal que antes de llegar al agua tuvo tiempo de quitarse alguna ropa.

—Emmm… Sí… Oh, sí… La verdad es que no podría explicarle con exactitud lo que ha ocurrido…

—¿Le ha pasado algo en la cabeza?

—Me di un golpe.

—Ah…

—Sí… Un golpe… ¿Vamos muy lejos?

—No.

—¿Viven ustedes en la isla?

Ella lo miró irónicamente.

—¿Usted qué cree, señor?

—Ejem… Es una pregunta tonta, ¿verdad? —admitió—. Pero tengo un poco de disculpa… He querido decir si ustedes viven fuera de la ciudad de Nassau, o sea…

—Vivimos fuera de la ciudad —casi rió la muchacha—. Concretamente, en una villa llamada Cocoa-nut Beach, en Cocoa-nut Groves. Hacia allá nos dirigimos, si a usted no le molesta.

—No, no… Por favor, claro que no… Estoy en Nassau sin equipaje, y si es usted tan amable de prestarme algo de su ropa…

—Temo que mi ropa no le sentaría bien, señor. Si le da lo mismo le pediremos prestado algo a Jamison o a mi padre.

—Sí… Sí, claro… He querido decir…

El timbrazo dentro del coche sobresaltó brevemente al «G-man», que se quedó mirando el tablier. La muchacha abrió rápidamente uno de los compartimentos y sacó el auricular del radioteléfono.

—¿Sí?

—No… No, no… Se ha equivocado, lo siento.

—De nada…

Metió el auricular en el compartimento del tablier y lo cerró.

—¿Decía usted, señor…?

—Mire… Bueno, me pregunto si podría usar su radioteléfono. Es posible que eso nos ahorre molestias a todos.

—Ninguna molestia. Papá siempre me ha dicho que no hay nada que distinga mejor a la persona de la bestia que los momentos de apuro. Será muy grato para nosotros servirle de algo. Claro que usted es más alto que Jamison y papá, pero algo encontraremos. ¿Le han., robado algo?

—Pues sí… Eso es lo exacto. Me pareció que Nassau era un lugar tranquilo… ¿Le importa que use su teléfono?

—Si se empeña…

Bristol descolgó el auricular y pidió comunicación con el Emerald Beach Hotel. Conseguida la comunicación, pidió la conserjería, y en seguida oyó la voz del conserje que le había recibido a él y a Anthony Castle.

—Soy Bristol Regan, de la veintidós A… ¿Me recuerda?

—Bien… ¿Hay algo para mí? ¿Telefonema, telegrama, visitas…?

—No… Bueno, estoy esperando una visita. Si llega alguien preguntando por mí, dígale que no tardaré más de… una hora. Pero que si tiene prisa en verme me encontrará en una quinta llamada Cocoa-nut Beach, en Cocoa-nut Groves… Un momento… —Miró a la muchacha—. ¿He dado bien la dirección?

—Sí. Muy bien.

Bristol atendió de nuevo el teléfono.

—Eso es —repitió—: quinta llamada Cocoa-nut Beach, en Cocoa-

nut Groves.

—¿…?

—No, nada más. Gracias.

Colgó, cerró el compartimento y se quedó mirando a la muchacha, que conducía muy seria, fija la mirada en la carretera. Luego miró al hombre llamado Jamison, en la parte de atrás.

—Emmm… Creo que soy un poco desvergonzado, pero… ¿no tendrían ustedes un cigarrillo? Bueno, ya han oído mi nombre: Bristol Regan, para servirla, señorita…

—Letitia Laurence —sonrió la muchacha—. Y un cigarrillo no es gran cosa, señor Regan.

Quitó una mano del volante, abrió otro compartimento del tablier, y Bristol vio el paquete de cigarrillos, encendedor, llavero, un viejo muñequito de goma… Encendió un cigarrillo y se quedó mirando el humo, conteniendo un suspiro.

Demonios… No había nada mejor en la vida que estar vivo. Ése era un pensamiento de filosofía barata, pero muy acertado.

El coche se deslizaba a buena velocidad, y la muchacha parecía una conductora experta. Además saltaba a la vista que conocía al dedillo aquella carretera. Muy cerca ya, se veían las luces de Windsor Field, y las de un aparato que, según parecía, acababa de despegar. Verde, amarilla, roja… La autopista estaba flanqueada por gran cantidad de palmeras que quedaban atrás velozmente, pero parecían repetirse, siempre iguales, siempre a los lados del coche… Windsor Field fue quedando atrás, y la carretera parecía acercarse un poco al mar. Luego volvió tierra adentro. Por delante, las luces del coche iluminaban en todo momento asfalto y palmeras, asfalto y palmeras, asfalto y palmeras… Era una monotonía inacabable, pero, por fortuna, la isla medía veintiuna millas de longitud, y teniendo en cuenta el lugar donde había sido recogido por el coche y las que llevaban recorridas, el destino tenía que estar ya muy cerca. Se habían acercado de nuevo al mar, y rodaban ahora muy cerca de él. Había salido un gajito de luna, y se veían las aguas, brillantes color de plata. Pasaron por un pequeño grupo de luces…

—Old Fort —musitó la muchacha—. ¿Conoce usted la isla, señor Regan?

—No mucho.

—¿Está por negocios?

—Pues… No exactamente. Tenía un compromiso aquí, pero algo no ha funcionado bien.

—¿Una mujer?

—No, no…

—¿Cree que voy a escandalizarme? —sonrió la muchacha.

—No, pero… Bueno, es que no se trata de una mujer…

—Entonces, serán dos mujeres.

Se echó a reír y Bristol la imitó, no muy convencido. La idea de que estuviese en Nassau porque hubiera contraído compromisos con dos chicas le pareció estupenda. Pero como no era así, se sintió un poco deprimido, sobre todo al pensar en el feo y triste aspecto de Anthony Castle, muerto y desnudo. Y se sintió todavía más deprimido al pensar en el aspecto que habría tenido él si hubiese muerto ahogado en el lago y lo hubieran encontrado unos días o unas semanas más tarde…

—Estamos llegando.

El automóvil se desvió por un camino de tierra, siempre todo lleno de palmeras. Delante se veían algunas luces de aceptable potencia. Luego se encontraron delante de unas verjas, que abrió un hombre que sonrió a la muchacha.

Poco después, el coche se detenía delante de una villa que, al menos de momento, a Bristol le sugirió comodidad y riqueza. Habría jurado que había visto una piscina… La casa era blanca, espaciosa, con grandes ventanales, uno de los cuales estaba bien iluminado. Desde el lugar donde se había detenido el coche se veían dos grandes terrazas y espesos macizos de flores, cuyo olor llegó hasta el «G-man» de un modo agradable, fresco, lleno de vida. Exactamente eso era: lleno de vida.

—Jamison, ve a decirle a papá que hemos llegado, y que traemos un… invitado. Dile que busque alguno de sus jerseys, que se adaptarán mejor que una chaqueta a los hombros del señor Regan. Luego, vas a encerrar el coche y busca unos pantalones tuyos que puedan servirle al señor Regan.

—Sí, señorita Letty.

Jamison salió del coche y Bristol se quedó mirando consternado

a la muchacha.

—Habría sido mejor que otro coche me hubiera llevado a…

—No sea descortés, señor Regan. Le estamos ayudando con mucho gusto. Podemos proporcionarle ropa, algo de beber si le gusta… Y luego, Jamison le llevará a Nassau. Perdone que no hayamos dado la vuelta, pero lo que traemos lo están esperando…

—Por Dios, no se disculpe… Soy yo quien…

—¿Le apetece algo de beber?

—Bueno… Creo que un *whisky* me sentaría muy bien.

—Vamos a la casa.

—Es que tal como estoy…

—Yo ya le he visto. Además, no es la primera vez que veo el pecho de un hombre, señor Regan.

—Claro… Claro, sí… Oh, permítame… Se apeó rápidamente y fue a abrir la otra portezuela La muchacha esperó, sonriente y salió del coche cuando él la hubo abierto. Señaló hacia la casa y los dos subieron las pocas escaleras del porche blanco, amplio. La puerta había sido dejada abierta por Jamison, que en aquel momento se disponía a salir.

—El señor Laurence ha ido a su dormitorio… Bajará en seguida.

—Gracias, Jamison. Descarga el coche… Luego llevarás al señor Regan a Nassau.

—Sí, señorita.

Entraron en la casa. Un gran vestíbulo, blanco y rosa. Luego, una amplia puerta, que daba paso a un *living* con terraza, hacia el jardín de la quinta. Letitia Laurence se dirigió directamente al bar que había en un rincón, se sentó detrás y señaló a Bristol uno de los taburetes que se veían delante de la curvada barra.

—Vamos, acérquese… ¿Hemos dicho *whisky*?

—Sí… Gracias.

Se quedó en pie junto a un taburete, mirando ahora más a sus anchas a la muchacha rubia. En efecto, los ojos eran azules, muy grandes y bonitos. La boca era pequeña, con un mohín precioso de rebeldía. El cuerpo era fino, delicado, pero pleno de sugerencias y realidades.

—Su *whisky*, señor Regan.

—¿Eh…? Oh, sí… Muchas gracias.

—¿Otro cigarrillo? —rió la muchacha.

—Bueno.

Ella encendió dos y le tendió uno, sonriendo. Bristol Regan empezó a pensar que, en verdad, él debía ser un tipo agradable, incluso en aquel estado lamentable…

—Dígame la verdad, señor Regan… —murmuró Letty—. ¿Qué le ha ocurrido exactamente?

—Pues… Quería ver el lago, me acerqué…

—¿Y se cayó al agua?

—Sí… Sí, eso fue.

—Me está engañando —rió ella—. Pero lo comprendo. Es muy desagradable admitir que nos han robado y dejado… poco menos que en prendas interiores, ¿verdad?

—No sé…

—Es raro que esto suceda en Nassau. Usted ya sabe, ésta es una ciudad…, ¿cómo diría yo?… Adinerada. Eso es: adinerada. La gente que viene a Nassau, generalmente, tiene dinero en abundancia. O no tienen ni un centavo. Los primeros, no se molestan en robar al prójimo… En cuanto a los que no tienen un centavo, procuran hacer… «trabajos» más beneficiosos que robar unos cuantos cientos o miles de dólares. ¿Quiere un poco de hielo?

—No, no, así está bien… Es usted muy amable, señorita Laurence.

—Cortesía elemental. Si a mí me ocurriese algo parecido en Estados Unidos, me gustaría que alguien me ayudase del mismo modo.

—Ojalá pudiese ayudarla alguna vez.

—¿Quiere decir que le gustaría que me asaltasen?

—¡No, no…! Emmm… Usted se está burlando de mí… Sabe muy bien lo que he querido decir.

—¿De dónde es usted, señor Regan?

—Vivo en Miami.

—Ah… No está mal. Prefiero Nassau, desde luego…

—Ahí está papá.

Bristol se volvió y vio en la puerta a un hombre de estatura más bien aventajada, hombros anchos, porte elegante. Tenía los ojos tan azules como la muchacha y destacaban mucho en su rostro bronceado. Todos sus cabellos eran blancos, ondulados, finos. En conjunto, no podía resultar más agradable. En sus manos llevaba un

jersey negro, con el cual no sabía qué hacer.

—Papá, él es el señor Bristol Regan y ha tenido un… accidente. Jamison te habrá dicho…

—Sí, sí… ¿Cómo está usted, señor Regan?

—¡Bien… Bien!, muchas gracias.

A pesar de su aplomo habitual, el agente del FBI se sentía un poco en ridículo. Hallarse en una quinta magnífica, con una muchacha encantadora, un hombre de aspecto aristocrático, beber *whisky* escocés y fumar cigarrillos turcos, estando en pantalones, pecho descubierto y con una venda en la cabeza, no era como para sentirse precisamente un triunfador.

—Le he traído un jersey, el más… amplio. Jamison me dijo que el señor Regan era un hombre grande… Espero que le vaya bien, señor Regan.

—Sí… No… Esto… No se preocupe, señor Laurence: cualquier cosa estará bien. Sólo quisiera llegar a Nassau cuanto antes y allá me las arreglaré bien.

Rendall Laurence asintió con la cabeza, señalando la de Bristol.

—Espero que no sea nada serio…

—No, no… Un pequeño golpe…

—Puede llamar desde aquí mismo a la policía. Ellos sabrán…

—¿A la policía? No, por favor… Tengo proyectado estar pocos días en Nassau y por unos cientos de dólares no vale la pena complicarse la vida. Mala suerte, eso es todo.

—El señor Regan tiene una buena filosofía —rió la muchacha—. Lo cual no es corriente. Por lo general, las personas que han pasado por situaciones parecidas se muestran muy… irritadas y están dispuestas a cualquier cosa, con tal de… satisfacer un poco cierto… rencor hacia quienes les han colocado en tan molesta situación. A menos, insisto, que haya habido alguna chica de por medio.

—Letty, por favor, no seas indiscreta. ¿Quiere probarse el jersey, señor Regan? Es el más grande que tengo y… Pasa, Jamison. ¿Crees que le irán bien al señor Regan?

Bristol estaba entre irritado con la muchacha y agradecido a los dos hombres, que parecían más serios, menos irónicos. La rubita lo miraba sin perder aquella dulce sonrisa que posiblemente en otras circunstancias le habría parecido estupendamente sugestiva al «G-man».

Seguramente, Letitia Laurence, en el fondo, se estaba divirtiendo. Bristol conocía el tipo: chicas jóvenes, con mucho dinero, que se aburren con todo y que sólo ríen cuando ocurre algo que se sale de lo corriente en su vida. Por ejemplo, un hombre al que han estado a punto de robarle incluso los pantalones…

Jamison lo llevó a un cuarto anexo al *living*, más pequeño, y el «G-man» se cambió allí rápidamente. Se sintió mejor con las ropas secas, sin importarle que el jersey le fuese estrecho y los pantalones un poco cortos. Tampoco le importó el chirrido de sus zapatos mojados. Quería regresar cuanto antes a Nassau. Lo demás, no le importaba lo más mínimo.

Cuando regresó al *living*, Letitia Laurence pareció a punto de soltar la carcajada, pero, sin duda, la muchacha tenía suficiente educación para contenerla.

—Han sido ustedes muy amables… —murmuró Bristol—. Regresaré inmediatamente a Nassau.

—¿Sin terminar su *whisky*? —sonrió Letty.

—Prefiero regresar, si no les molesta.

—De ninguna manera —dijo el padre de la muchacha—. Pero nos gustaría ayudarle en algo más, señor Regan.

—Ha sido más que suficiente. Procuraré devolverles lo antes posible estas prendas…

—Puede quedárselas: le están muy bien —contuvo la risa Letitia.

—Se las devolveré —gruñó el «G-man»—. Buenas noches… Y gracias de nuevo.

Salió de la casa bruscamente, fruncido el ceño. Jamison había descargado el coche, que esperaba de nuevo delante del amplio porche blanco con columnas. Bristol entró en el coche, se sentó y quedó hosco, pensando en la muchacha de los ojos azules y los cabellos rubios. Ella se había divertido mucho a costa suya, pero quizá en otra ocasión no…

—¿A algún sitio determinado de Nassau, señor Regan?

—Sí… Sí, por favor… Al Emerald Beach Hotel.

—Ah, sí, lo mencionó antes por teléfono…

—¿Lo conoce?

—Por supuesto. Lo dejaré en la puerta.

* * *

—Gracias, Jamison.

—No a mí, señor Regan. Buenas noches.

—Adiós…

El «G-man» quedó delante del hotel, viendo alejarse el coche… Antes de que el vehículo estuviese fuera de su alcance visual, ya dio media vuelta y entró en el hotel, directo hacia conserjería.

—¿Alguien preguntó por mí?

—No, señor —dijo el conserje—. Pero un caballero llegó preguntando por el señor Castle, hace apenas un par de minutos. Como usted me llamó antes y me dijo…

—¿Quién es ese caballero?

El conserje señaló con la barbilla, discretamente.

—Está sentado en el sillón de mimbre, junto al surtidor. Le dije que el señor Castle estaba durmiendo, y que usted también le estaba esperando y había decidido esperar a que despertase, porque parecía cansado. El señor decidió esperarlo a usted o al señor Castle ahí mismo.

—¿Se ha alojado en el hotel?

—Sí, señor.

—Bien, gracias.

Se volvió y se quedó mirando al hombre. Parecía alto, elegante, de mirada un tanto dura, cabellos lisos, nariz aguileña. Sus manos eran grandes y fuertes, los hombros anchos. Producía una instantánea sensación de firmeza, de seguridad personal, de aplomo. Estaba sentado, sin leer, fijos los ojos en Bristol Regan, precisamente, como si estuviese adivinando que hablaban de él.

El «G-man» se acercó. Se detuvo delante del desconocido y se lo quedó mirando atentamente.

—¿Está esperando al señor Castle? —musitó.

CAPÍTULO V

El hombre de la mirada dura pareció desconcertarse un poco, sin duda debido a la indumentaria del agente federal. Se puso en pie.

—¿Es usted el señor Regan? —preguntó a su vez.

—Así es.

—Bien… Sí, estoy esperando a Anthony, sí…

—¿Es usted amigo suyo?

—En efecto. ¿Y usted?

—También. Siéntese, por favor —se sentaron los dos y Bristol se quedó mirando al desconocido—. ¿Puedo preguntarle de qué conoce usted al señor Castle?

—Somos amigos, ya se lo he dicho. Tenía que verlo aquí, pero el conserje me ha dicho…

—Ya sé, ya sé… ¿Tenía usted algún trabajo en común con él?

—No exactamente.

—Dígame: ¿quizá él lo citó aquí, en Nassau, y precisamente en el Emerald Beach Hotel?

El ceño del otro se frunció.

—No veo por qué me hace usted tantas preguntas, señor Regan. Y opino que no estoy obligado a contestarlas.

—¿Ni siquiera me diría su nombre?

—William Haralson.

—Estadounidense, claro.

—Sí.

Bristol quedó pensativo unos segundos. Desde luego, no pensaba confiar en nadie, pero podía hacer creer a Haralson que sí confiaba en él.

—Verá lo que ocurre, señor Haralson: Anthony me llamó a Miami, desde Tampa y me citó aquí. Me dijo que nos veríamos esta

tarde, pero, según parece, llegó muy cansado y decidió dormir unas horas. Creo que llegó alrededor de las seis y desde entonces está durmiendo. Como son más de las nueve, espero que ya esté descansado. Y si a usted también lo citó aquí, opino que ya ha llegado el momento de que nos dé una explicación. De todos modos, si usted prefiere silenciar…

—Me citó aquí. Pero no he podido llegar antes. Tengo un despacho de exportaciones e importaciones en los muelles de Nueva Orleáns, y cuando él me llamó allí, yo no estaba en la ciudad. Regresé a eso de las tres de la tarde y entonces me dieron el recado: un señor llamado Anthony Castle me había llamado, muy temprano, para citarme en este hotel, hoy. Era urgente e importante. Arreglé mis asuntos en las oficinas a toda prisa, tomé el avión… Y he llegado hace unos minutos.

—Entiendo. ¿Dejó explicado Anthony el motivo por el que urgía tanto una entrevista con usted en Nassau?

Bill Haralson quedó pensativo unos segundos. Parecía un poco perplejo.

—Sí… Bueno, no sé si mi secretaria tomó bien el recado… Es tan extraño… Si Madge entendió bien, parece que Anthony estaba dispuesto a darme un centavo. Una moneda de centavo. Me pareció una tontería, pero decidí…

—No es ninguna tontería, señor Haralson. Esa moneda existe. Por lo menos una, que yo sepa.

—¿Una? Yo creo que existen muchas monedas de centavo… Imagino que será algo especial… No lo entiendo.

—¿No quiere contestar ahora qué clase de… relaciones tenían Anthony y usted?

—Éramos antiguos amigos. Lo conocí en Río de Janeiro hace unos tres años.

—¿Y luego?

—Nos hemos visto tres o cuatro veces más. En San Juan de Puerto Rico, en Managua, en La Habana… La última vez fue en Nueva Orleáns, cuando yo estaba establecido ya allí.

—Usted… ¿realmente es sólo un comerciante de importaciones y exportaciones, señor Haralson? —sonrió Bristol.

—No le entiendo…

—Me refiero a que quizá tenga alguna otra actividad especial,

más… interesante.
—¿Por ejemplo?
—No sé… Aventurero en general, quizá agente secreto… Quiero decir que quizá tenga alguna actividad relacionada con espionaje.
Bill Haralson sonrió secamente.
—Es una broma, supongo, señor Regan. Todas mis actividades giran en torno a mis negocios en los muelles de Nueva Orleáns. Me veo obligado a viajar con frecuencia, desde luego, pero no tengo nada en común con un agente secreto.
Bristol sonrió cortésmente. Estaba seguro de que Haralson mentía. El hombre tenía un aplomo asombroso, un gran dominio de sí mismo, hablaba con persuasión… Pero le estaba hablando a un experto en distinguir la mentira de la verdad. Tan experto como fuese el propio Haralson en decir mentiras. Desde luego, era un profesional de la mentira y la sonrisa, un tipo capaz de hacer frente a cualquier situación sin alterarse demasiado, sin perder los nervios… La idea de que posiblemente Anthony Castle tenía también amigos en la CIA quedó grabada en la mente del hombre del FBI. En tal caso, la posibilidad de que Bill Haralson perteneciese a este organismo no era en modo alguno remota.
—Bien… No he querido molestarle, desde luego. Pero conozco un poco a Anthony y sé que siempre anda metido en líos extraños, en aventuras… peligrosas. Por eso he pensado que quizá usted fuese…
—¿Lo mismo que usted? —sonrió Haralson.
—¿Cómo?
—Quiero decir, señor Regan, que usted sí debe ser un agente secreto… ¿No?
—No. Yo también tengo un pequeño negocio en Miami. Creo —sonrió amablemente— que los dos somos demasiado listos, señor Haralson. Tan listos, que nos estamos pasando.
—Seguramente. Perdone mi indiscreción, pero… ¿no va usted vestido de un modo algo raro, para este hotel? Es más: juraría que esas ropas no son de su talla, y que…
—Tuve un accidente. Por cierto que me he quedado sin dinero, sin documentación…
—Puedo ayudarlo en lo del dinero, si no le ofende.
—¡Al contrario! —sonrió el

«G-man»
—. ¿Usted sería de verdad tan amable de prestarme unos cuantos dólares, señor Haralson?

—Desde luego. Siendo los dos amigos de Anthony… Pero, ya que lo menciono… ¿Qué le parece si fuésemos a verlo?

—Buena idea. Ya nos ocuparemos más adelante de mis ropas. ¿Vamos arriba? Y esperemos que Anthony nos dé una explicación convincente de este viaje, y eso de la moneda de centavo.

Se dirigieron los dos a las blancas escaleras. Bristol, naturalmente, sabía que Anthony Castle estaba muerto y sus palabras, que implicaban un desconocimiento de este hecho, tenían un solo propósito: estudiar la reacción de William Haralson. Pero éste aceptó todo con naturalidad, con un lógico interés por el asunto de la moneda de centavo. No parecía saber que Anthony Castle había sido asesinado de dos balazos en el pecho.

Poco después, los dos se detenían ante la puerta 46 B. Bristol comprobó que estaba cerrada ahora, lo cual le pareció muy acorde con lo que ya sabía: Anthony Castle llega a Nassau, le están esperando, y como no pueden matarlo en el taxi, porque son gente que trabaja con finura y discreción, lo siguen al hotel. Allí, matan a Castle, en la *suite*, sin duda apenas éste ha quedado solo. Dejan el cadáver y se van, pero queda un encargado de dirigir la operación de hacer desaparecer el cadáver. Ese hombre se llama Coffelt, y lo ve a él. Espera a que salga de la *suite* de Castle, y avisa mientras tanto, o quizá cuando él ya ha salido, a los otros tres, llamados Polk, Godby y Shields. Éstos lo atrapan a él, avisan a Coffelt y éste saca el cadáver del hotel, ayudado por alguien sin duda. Luego, mientras a él se lo llevan para matarlo y tirarlo al lago, Coffelt entrega el cadáver a alguien, que se encargará de examinar su cuerpo, en busca de la moneda, que posiblemente se ha tragado. Y por último, aquella puerta cerrada… Lógico: cuando Coffelt se lleva el cadáver, cierra la puerta, para evitar que alguien se fije en el detalle y se interese por Castle. El único que podía hacer eso, hasta aquel momento era el agente del FBI, al cual sabía que iban a matar sus amigos, de modo que posiblemente hasta el día siguiente nadie se preocuparía de Anthony Castle.

Bill Haralson había llamado ya un par de veces y ahora miraba al

«G-man»
con el ceño fruncido.

—Parece que tiene el sueño muy pesado —musitó.

—Eso parece.

—Esperemos… que no le haya ocurrido nada.

—¿Teme usted algo concreto, señor Haralson?

—No, no… Bueno, cualquiera puede sentirse indispuesto de pronto, ¿no? Quizá sería mejor que avisáramos al conserje, y con su llave…

—Yo tengo una. Y así no molestaremos a nadie.

Bristol tiró de un lado de su zapato derecho y apareció una ganzúa, que mostró a Haralson, el cual se limitó a alzar las cejas, sin asombrarse demasiado.

—¿No cree que esto puede traernos complicaciones con la policía?

Bristol encogió los hombros. Introdujo la ganzúa en la cerradura y tras unos veinte segundos de tanteo la hizo girar. La puerta quedó abierta y el agente federal la empujó suavemente. Dentro sólo se veía oscuridad, rota en línea recta por la luz que llegaba del pasillo.

—Adelante, señor Haralson.

Éste no se hizo rogar. Era un hombre impávido. Si tenía miedo de alguna clase, o estaba preocupado, no lo parecía, desde luego. Entró, el
«G-man»
lo hizo tras él y dio la luz.

Naturalmente: el cadáver no estaba allí. El suelo estaba limpio, sin una sola gota de sangre. Con seguridad, un examen poco menos que superficial de los laboratoristas del FBI mostraría la presencia de sangre en el suelo. Pero a simple vista, nadie pensaría jamás que allí había habido sangre. Y aquella palabra escrita con ella: PROP.

Sin hacer ningún comentario, Bristol se dirigió al dormitorio, dio la luz también allí y se quedó mirando la cama intacta. Haralson se colocó a su lado, y cuando el
«G-man»
lo miró de reojo, vio su gesto perplejo, pero calmado.

—No está…

—Quizá ha salido —sugirió Bristol.

—Sí… Quizá… Pero es extraño, ¿no? Si nos cita a los dos en una

ciudad y en un determinado hotel, parece que debería estar esperándonos… Más aún: él debía tener más interés que nosotros en vernos… ¿No le parece, Regan?

—Eso es lo lógico, sin duda —admitió Bristol—. Pero a veces, las personas actuamos contra la lógica.

—Bien… No entiendo esto… ¿Qué hacemos?

Bristol estuvo unos segundos acariciándose la barbilla.

—¿De veras me prestaría usted unos dólares, señor Haralson?

—Sí, por supuesto… Con gusto.

—Entonces, creo que voy a comprarme ropa. Luego, podemos cenar y dedicarnos a buscar o a esperar a Anthony. ¿Qué le parece?

—De acuerdo… Pero quizá deberíamos preguntar en conserjería si han visto a Anthony…

—No, no… Mire, él es un tipo divertido, y lleva una vida un poco… especial. Si ha salido del hotel sin dejarse ver, es porque no le interesa que le hayan visto salir. Eso es evidente. Y yo creo que nosotros debemos seguirle el juego y esperar. Anthony podrá enterarse en el momento que quiera de cuáles son nuestras *suites*… Por lo tanto, nos llamará cuando lo crea conveniente. ¿Por qué preocuparnos?

William Haralson encogió los hombros.

—De acuerdo.

* * *

Hacia las once de la noche, Bristol Regan entraba en su *suite* con un traje nuevo que le sentaba estupendamente y un paquete que contenía las ropas que le habían prestado los Laurence. El recuerdo de la muchacha le tenía entre admirado y molesto. Admirado de su belleza y molesto por el modo humorístico en que la muchacha había tomado su situación… Tenía unos ojos muy bonitos, eso sí. Y muy grandes. La boquita era graciosa, y…

El agente del FBI frunció el ceño. Se propuso dejar de pensar en la muchacha, porque tenía otras cosas que hacer… Pero la vería al día siguiente, eso sí. Iría a devolverle las ropas y la vería…

Había entrado con precauciones, temiendo un ataque. Polk y los demás podían haberse enterado de que no había muerto en el lago, y entonces, sin ninguna duda, volverían a la carga. Con más ventaja que antes, puesto que ahora él estaba desarmado…

Su mirada fue de pronto hacia la puerta del dormitorio, seguro de que estaba oyendo pasos allí. Unos pasos tan suaves que hacía falta un oído especialmente fino para oírlos. Y antes de que tuviese tiempo de pensar en nada, apareció, pistola en mano, Anthony Leopard, el mejor agente especial de la zona de Miami. Con el dedo índice de la mano izquierda, le hizo un perentorio gesto de silencio sobre los labios y con la pistola le señaló el dormitorio, insistiendo en el gesto de silencio absoluto.

Bristol obedeció con toda exactitud. Se quedó delante de la puerta del cuarto de baño, a instancias de Leopard, mientras éste encendía la luz del dormitorio, tosía un poco… Ahora pisaba con más fuerza, con naturalidad. Fue hacia la puerta del baño, la abrió y señaló a Bristol el interior. Entraron los dos y Leopard dio la luz y abrió el grifo del lavabo. Se oyó el fuerte rumor del agua corriente en el silencio de la *suite*.

Entonces, Tony Leopard acercó su boca a un oído de Bristol:

—Te han puesto dos micrófonos. Uno en el dormitorio y otro en el *living*. Cierra la puerta y dúchate.

Bristol asintió:

—Me hace falta, de todos modos…

Cerró la puerta y abrió el agua de la ducha. Leopard se sentó en el taburete y se quedó mirándolo socarronamente.

—¿Qué ha pasado? ¿No sabes arreglártelas solo?

—Es un asunto de espionaje, Tony.

—No me digas… Creí que los micrófonos sólo los ponían los chantajistas y gente así. Además, para que tú hayas pedido ayuda…

Bristol se estaba quitando las ropas y Leopard las miraba con interés.

—He comprado el traje esta noche, aquí, en Nassau —explicó Bristol—. Un tipo me ha prestado dinero.

—Magnífico. Tienes cara de buena persona. Pero creo que viniste a Nassau con algunos dólares, ¿no?

—Me los quitaron —casi rió al ver abierta la bocaza de Leopard—. Me lo quitaron todo, menos los pantalones y los zapatos.

—Oh, vamos, Bristol…

—Es la verdad, Tony. Te explicaré mientras me ducho —se quitó los calzoncillos y la camiseta y entró en la bañera, recibiendo de lleno el chorro de agua—. ¿Hay jabón por ahí?

—A tu izquierda.
—Ah, sí… Bueno, llegué al hotel y…

* * *

En diez minutos, la explicación terminó. Una explicación al sistema del FBI. Es decir: concreta, bien ordenada, sin dejar en el aire un solo detalle o conclusión.

La terminó secándose vigorosamente con la toalla, sobre la alfombrilla de espuma.

—¿Qué hacemos ahora, Tony?

—Ponte el pijama. Estás muy impúdico.

—No tengo. Vine aquí con intención de regresar esta misma noche a Miami, ¿no recuerdas? Tendré que dormir en camiseta y calzoncillos… En serio, ¿qué hacemos?

—Estoy pensando en eso. De momento, yo me quedaré a dormir aquí, contigo… En el sofá del *living*, nene, no confundas. Tú tienes que descansar tranquilo.

—Pero si vienen te encontrarán a ti…

—Eso —sonrió amablemente Leopard—: me encontrarán a mí. Apuesto a que no les haría ninguna gracia.

—Eres un fanfarrón.

—Me gusta serlo. Es divertido. Emmm… Quedamos en que tú vas a descansar y yo voy a dormir en el sofá. Y si vienen…

—Quizá no sepan que estoy vivo… Oh, he dicho una tontería: si no lo supiesen no habrían puesto los micrófonos…

—Quieren, ahora, ver si tú les sirves de algo. ¿Sabes lo que significa esto?

—Que no han encontrado la moneda, el centavo.

—Exactamente. Saben que eres del FBI, que puedes tener en un momento dado un gran poder de investigación, de búsqueda de esa moneda. Van a esperar a que la encuentres y entonces, vendrán a quitártela. Por eso te han puesto los micrófonos. No… No creo que nadie venga esta noche a molestarte… Te quieren vivo y muy activo. Quieren que seas tú él que se moleste en localizar la moneda. Y cuando la tengas, entonces sí, vendrán a por ella.

—Te aseguro que no tengo la menor idea de en dónde pueda estar. Naturalmente, no la han encontrado en el cadáver de Anthony Castle… Entonces, ¿dónde está? ¿Dónde la dejó Anthony

Castle?

—En su *suite*, quizá.

—No creo que tuviese tiempo de esconderla. Y si lo hizo, tuvo que ser en algún sitio muy cerca de la entrada, un sitio fácil, rápido… Tuvieron tiempo de registrar la *suite* cuando vinieron a llevarse el cadáver. Y siguen sin tener la moneda.

—Esa palabra, PROP… Quizá sea la clave, Bristol.

—Es más que posible. ¿Te sugiere algo a ti? Yo he estado pensando en ella, pero no encuentro nada: PROP Significa, entre otras cosas, sostener, apoyar, apoyadero, columna, contrafuerte… No veo relación, ya que allí no hay columnas. No sé. También he pensado en otras palabras: «proposition, propágate, property, prophet, propitious, propose, props, propulsión…». No veo que ninguna de ellas signifique nada que nos ayude[1]. Y, naturalmente, hay muchas más. Pero creo que si fuese el principio de alguna palabra con significado para nosotros, ya habríamos pensado en ella.

—Demonios, demonios, demonios… ¿Qué tal si yo fuese a hacer una visita a esa *suite*, Bristol?

—Haz lo que quieras. Pero estoy seguro de que la moneda no está ahí. La habrían encontrado, Tony. No olvides que ellos también leyeron la palabra PROP, cuando fueron a retirar el cadáver.

—Es verdad… Bueno, yo saldré silenciosamente ahora, contigo, y me iré a tumbar al sofá. Y tú harás lo siguiente…

Pocos minutos después, Bristol abría la puerta del cuarto de baño y se dirigía al teléfono de la mesita de noche. Leopard salió silenciosamente, se detuvo en la puerta que comunicaba con el *living*, para escuchar, desde allí…

Bristol pidió con toda claridad el número de la delegación del FBI en Miami:

—Sí… El tres-setenta y nueve-veinticuatro-veintiuno, de Miami. Espero, sí…

Colgó y encendió un cigarrillo, guiñándole un ojo a Leopard. Se sentó en la cama, mirando a su compañero y alzando la barbilla en un gesto de clara pregunta respecto al lugar donde estaba el micrófono. Leopard se lo dijo por señas y Bristol se arrodilló junto a la cama, metió la mano debajo, tanteó un par de segundos y sacó el pequeño micrófono magnético que había estado pegado al somier.

Se lo mostró a Leopard, los dos sonrieron… y sonó el teléfono.

—Sí… Sí, gracias… ¿Es usted, señor?

—¿…?

—Sí, señor; Bristol Regan, en Nassau. Han surgido algunos contratiempos que no me parece oportuno explicar por teléfono, ya que no podemos usar la línea privada del FBI —sonrió al decir esto, porque Leopard hacía gestos de que Gordon estaría tirándose de los pelos por aquellas palabras de su agente en Nassau—. Me gustaría que me enviase ayuda, señor, porque llamé a Tony a su casa de Miami Beach, pero no sé nada. Apuesto a que usted lo ha enviado a algún sitio lejos de Miami, señor, y aún más lejos de Nassau. Apostaría algo.

—¿…?

—Oh… ¿A Washington, en misión especial? —Bristol volvió a guiñarle un ojo a Leopard, satisfecho: el inspector Gordon había comprendido que tenía que seguirle la corriente—. Bueno, me quedaré sin Tony… Pero sí necesito ayuda, señor. Estoy en la *suite* veintidós A del Emerald Beach Hotel…

—¿…?

—Bueno, no sé… Son casi las doce de la noche… No creo que pudiésemos hacer nada esta noche, de modo que bastará que lleguen mañana a Oakes Field… Alquilaré un coche y los estaré esperando en el aeropuerto.

—¿…?

—Majors y Leeper. De acuerdo, señor: los estaré esperando. ¿Sólo puede prescindir de dos agentes en la delegación?

—¿…?

—No, no… Ya estará bien con dos, de acuerdo. Este asunto parece importante, pero quizá sea luego de poca envergadura. Los espero… Buenas noches, señor.

Colgó y se volvió hacia Leopard, que le hizo el gesto del okay con el índice y el pulgar. Luego se dio una palmada en la frente, silenciosa. Salió al *living* y regresó en seguida con un portafolios, del cual sacó una radio le bolsillo, que tendió a Bristol. Señaló la pistola y molo negativamente la cabeza: ya le traerían una de Miami, no convenía que si por cualquier causa hacían contacto con él, supiesen que en Nassau, el
«G-man»

contaba con alguien que podía proporcionarle armas.

Finalmente, Leopard se puso ambas manos juntas en una mejilla y ladeó la cabeza, simulando dormir. Sonrieron los dos y se acostaron.

Capítulo VI

—Pero esto es absurdo —se irritó ligeramente William Haralson—; ¡nos hace venir a Nassau, y él sigue sin dejarse ver! Me está pareciendo que esto es una tomadura de pelo, y voy a regresar a Nueva Orleáns si no aparece antes de la noche.

—No hay por qué irritarse, Haralson… —sonrió Bristol—. El día es hermoso; apenas son las nueve de la mañana, de modo que disponemos de un montón de horas para esperar pacientemente a Anthony. Y al mismo Tiempo podemos divertirnos un poco. Por mi parte, voy a alquilar ahora mismo un coche. Llegan dos amigos míos a Nassau dentro de poco, espero, y los iré a recibir… ¿Quiere venir?

—¿Al aeropuerto?

—Claro.

—No… No, no. Pero quizá lo otro sea una buena idea. Regan… Lo de alquilar un coche. Al menos, ya que estoy dispuesto a esperar hasta la noche, daré una vuelta por la isla. Tiene razón: hay que aprovechar la ocasión.

—Me he enterado de que hay un rent-a-car abierto día y noche, en Rawson Square. ¿Vamos?

* * *

El empleado del rent-a-car localizó a los dos hombres en el *snack* del establecimiento, y se acercó a ellos, Sonriendo.

—Todo listo, señores. Cuando quieran, pueden disponer de los coches que han elegido. Las llaves…

Bristol y Haralson las tomaron. El primero tragó parte del bocadillo.

—Gracias. Acabaremos el desayuno.

—Cuando quieran.

El hombre se alejó y Bristol miró de reojo a Haralson.

—Es usted un tipo amable, Haralson. Me pregunto si yo le prestaría dinero a un desconocido…

—No diga tonterías. A algunas personas basta con verles la cara. Además, ya tiene mi dirección en Nueva York, de modo que puede enviármelo allí cuando quiera.

—No lo dude… Bueno, ahora el café… ¡Y listo!

Se despidieron, y cada cual entró en su coche. Bristol salió el primero del *parking*, saludando con la mano. Fue por Bay Street, hasta llegar a Nassau Street, la cual enfiló, ya directo hacia Oakes Field… Y apenas a la altura de Ardastra Gardens, sacó la radio de bolsillo que le había facilitado Leopard.

—¿Tony?

—Hola.

—¿Hacia dónde va él?

—Aún no sé… Parece dispuesto a dar una vuelta por la ciudad. Oye, tío listo, escogiste un cacharro mejor que el que alquilé yo a las seis de la mañana… ¿No crees que estás abusando de ese Haralson?

—A propósito: me ha dado su dirección. ¿Has venido preparado para entrar en contacto con nuestros compañeros en Nassau?

—Hombre, claro. Pero sólo si es preciso.

—Pues juzga tú mismo: se me ha ocurrido que podías llamarlos, y que ellos llamen a Washington, para que se enteren de si es cierto que un tipo llamado William Haralson tiene un negocio de importaciones y exportaciones en el número doce del Boulevard Lefvre, en Nueva Orleáns. ¿Qué te parece?

—Los llamaré desde cualquier teléfono en cuanto Haralson se detenga.

—Vale. Hasta luego.

Los dos agentes especiales recién llegados a Nassau vieron en seguida a Bristol, caminando hacia ellos, y le saludaron alegremente.

—Eh, granuja… La vida padre, ¿eh? —dijo Leeper.

—¿Necesitas niñeras? —sonrió Majors.

—Tengo un coche en el *parking* —sonrió también Bristol—.

Vamos allá y os explicaré en qué consiste vuestro trabajo.

Ya en el coche, explicó rápidamente el plan que habían tramado entre él y Leopard. Los dos «G-men» protestaron al unísono:

—¿Eso es todo? Hombre, para eso podías haber llamado a dos tías ancianas…

—Hijitos, en el FBI se hace de todo: desde zurcir un calcetín, a liarse a tiros con unos cuantos tipos. Y esto es lo que os ha tocado a vosotros: dejaos ver y demostrad que me estáis cuidando. Pero de tal modo que sólo gente que entienda de estas cosas se dé cuenta. Eso, y vigilar en el hotel. Es todo.

—Está bien. Oye, el jefe quiere saber qué es lo que está pasando exactamente. Ayer se le presentó Tony diciendo que tenía envidia de ti y que se venía a Nassau, lo llamas tú y le dices que Tony no ha venido, que supones que está en Washington…

—No líes el asunto, Mike… —Gruñó Leeper—. Así están las cosas, y así las seguiremos.

—Okay —sonrió Bristol—; así me gusta. Ahora, iremos al hotel y esperaremos. Tomaréis un par de *suites* en mi mismo piso, si es posible, y uno vigilará mi puerta, y otro el vestíbulo del hotel.

—¿Y tú?

—Me tumbaré en mi terraza, esperando la llamada de Tony.

—Ya lo decía yo: la vida padre…

* * *

—Dime, Tony.

—¿Dónde estás? —Brotó del aparato la voz de Leopard.

—En la terraza, cerradas las puerta-ventanas. Los micrófonos no les sirven de nada ahora. ¿Qué pasa?

—Noticia interesante. ¿Serías capaz de adivinar adonde ha ido nuestro amigo Haralson después de dar un par de vueltas por la ciudad y «convencerse» de que nadie le seguía?

—Mmm… ¿Al aeropuerto?

—No.

—¿A alguna playa color de rosa…?

—No.

—Vencido. ¿Adónde ha ido?

—Está en estos momentos en una quinta llamada Cocoa-nut Beach, junto a la playa de Old Fort Point, si mis conocimientos de New Providence no son falsos.

Bristol palideció.

—¿Estás seguro, Tony?

—Hombre, claro que estoy seguro. Métetelo en la cabeza: William Haralson está en la quinta de la linda rubia que conociste anoche, donde tan amables fueron contigo, según me contaste.

—Pe-pero… No comprendo…

—¿Qué es lo que no comprendes? —Gruñó Leopard—. Pareces un novato, Bristol. ¿En verdad te asombra tanto?

—Bueno, no sé…

—Hay otra cosa aún. Antes de dirigirse a esa quinta…, ¿adónde dirías que ha ido el amigo Haralson?

—No tengo ganas de acertijos, Tony.

—De acuerdo. Ha ido a un tal Coral Beach Motel, en Delaporte Point, al final de Cable Beach, yendo hacia el oeste. Ha entrado en la cabaña número nueve, ha estado allí un par de minutos y entonces ha sido cuando ha seguido viaje hasta la quinta Cocoa-nut Beach. Está convencido de que fuiste a esperar a dos de nuestros compañeros, y, según parece, ha aprovechado la ocasión para hacer algunas cosillas por Nassau. Por la isla, mejor dicho. Y parece que la conoce bien. Yo diría que no es la primera vez que viene aquí, desde luego.

—Entiendo… ¿Llamaste a los de aquí?

—Ah, sí… La petición debe estar ya en Washington. Espero saber algo antes del almuerzo. No dirás que no trabajo bien, nene… ¿Qué piensas hacer ahora?

—Iré a devolver unos pantalones.

—Buena idea. ¿Te han dado algún arma los muchachos?

—Claro.

—Ajá. Bien, ponte en marcha.

* * *

Bristol detuvo el coche ante las verjas de la quinta. Vio venir a un hombre hacia allí, pero tenía tiempo de hablar con Leopard de nuevo, de modo que accionó la radio.

—Tony.

—¿Hola?

—No veo el coche de Haralson…

—Yo sí. Lo dejó más cerca de la playa rocosa, u otro lado de la quinta, y entró a pie. Parece que no quiere que sepan que ha visitado la quinta, ¿verdad?

Bristol apagó la radio. El hombre llegó a las verjas, las abrió y se quedó mirando al
«G-man».

—Quisiera ver a la señorita Laurence… ¿Está en casa?

—En la piscina, señor. Al lado derecho de la casa. —Gracias.

Dejó el coche delante del blanco edificio, y se apeó, tras recoger el paquete que contenía las prendas que le habían prestado. Caminó por entre setos espesos, grandes trozos de césped, abundantes flores… El aire parecía más fresco allí, bajo la sombra de los altos cocoteros, que se apiñaban especialmente en aquel lado de la quinta.

Desde el sendero vio en primer lugar una palanca y un trampolín, la primera más alta. Luego, unos cuantos parasoles listados, y con lunares de colores… El graznido de un par de gaviotas pareció descender del cielo, y dos manchas blancas pasaron por el azul, hacía el cercano mar, cuyo rumor se oía levemente, en el silencio de la mañana soleada.

Primero vio a Rendall Laurence, sentado bajo un parasol, con un montón de papeles ante él, en la mesita. Llevaba lentes, ahora. Estaba en batín veraniego, siempre elegante. Se veían sus piernas, muy tostadas por el sol…

Pero Bristol Regan vio otro par de piernas que le llamaron mucho más la atención. Mucho más finas, sin vello, bien torneadas, delicadas, con un bonito color tostado de sol, destacando alegremente los puntitos que significaban las uñas de los pies pintadas. Luego vio el resto, adornado con un bikini brevísimo de color rojo claro. Los rubios cabellos, el esbelto cuello… Y unos grandes lentes de sol, con la montura blanca con rayitas azules en diagonal.

Letitia Laurence estaba leyendo una revista, pero oyó los pasos del agente del FBI sobre las baldosas que bordeaban la piscina, y se volvió, bajando un poco los lentes.

—Buenos… buenos días —saludó Bristol.

Rendall Laurence alzó vivamente la cabeza, sobresaltado.

—Oh, señor Regan… Vaya, me ha asustado usted…

—Lo… lo siento de veras. Emmm… ¿Cómo está, señorita Laurence?

—Ya ve: en bikini y tomando el sol. ¿Y usted? —rió ella.

—Yo no.

La muchacha rió más fuertemente, y Bristol pensó que tenía una risa estupenda. Ella se puso en pie y se acercó a él, con la mano tendida, moviendo tan graciosamente el cuerpo magnífico que Bristol estuvo a punto de olvidarse de la mano.

—¿Qué tal? —saludó la muchacha—. ¿Han vuelto a robarle algo? Las ropas, no, ya veo…

—¿Quiere tomar algo, señor Regan? —ofreció Rendall Laurence.

Bristol dejó de sacudir la mano de la muchacha, que volvió a reír, mirando ahora a su padre.

—Estoy segura de que el señor Regan no es tan bebedor como tú, papá.

—Sólo estoy tomando agua con dos gotas de *whisky*… —protestó Laurence—. ¿Le apetece algo, señor Regan? Pero siéntese, por favor…

—Bueno… Sólo he venido a devolverles esto —tendió el paquete, dejándolo sobre la mesa—. No quisiera molestarles.

—¿Molestar? ¡Al contrario! A mí me evita usted seguir con estas cuentas, y a mi hija la libra del aburrimiento dorado, como ella lo llama. Por mi parte, le aseguro que prefiero charlar que repasar papelotes… Un par de horas diarias son más que suficientes. Y ya han pasado… ¿Prefiere un aperitivo? —Miró su reloj—. Son las doce y media y pronto almorzaremos…

—¿Por qué no invitamos al señor Regan, papá? —propuso Letitia.

—¡Buena idea! ¿Quiere creer, señor Regan, que a veces detesto esta tranquila soledad?

—¿Nunca reciben visitas? —aprovechó Bristol la ocasión.

—Oh, sí… En ocasiones. Tenemos muchos amigos en Nassau, naturalmente. Pero parece que temen el viaje en coche hasta aquí, bajo el sol… Por eso, casi siempre vienen de noche. Pero de día nos aburrimos bastante, salvo cuando vamos a Nassau… Y ya que está usted aquí, no le dejaremos escapar.

—Supongo que preferiría usted una persona ya conocida, señor Laurence.

—Pues… Oh, bueno, claro, con los viejos amigos se puede charlar de más cosas… Pero como no creo que venga ninguno, y usted ya está aquí… ¿Martini le parece bien?

Bristol se volvió vivamente, y vio al hombre que llegaba por su espalda. Un criado. Laurence debía haber apretado un botón que hacía sonar un timbre dentro de la casa…

—Martini estará bien, sí… Gracias.

—Tres martinis, Hodges —ordenó Laurence.

Bristol volvió de nuevo la cabeza, para ver retirarse al criado tan silenciosamente como había llegado.

—¿Le preocupa algo, señor Regan? —Oyó la risa de Letitia.

—Oh, no… No, no…

—Pues lo parece. O quizá es que está sorprendido de haber llegado hasta aquí sin que lo asalten de nuevo.

—Usted se está burlando de mí, señorita Laurence.

—No, por favor Bueno, sí, un poco… Pero lo hago porque me resulta simpático.

—Ah… Bueno, muchas gracias…

—¿Y yo? ¿Le resulto simpática, señor Regan?

—Pues…, más bien sí.

—¡Magnífico! —volvió a reír la muchacha—. Entonces, ¿se queda a almorzar?

—Lo haría con gusto, pero tengo asuntos que resolver en Nassau. He venido solo un momento, para saludarles y agradecerles…

—Usted le da mucha importancia a las cosas. Es un hombre demasiado serio, señor Regan.

—A veces también me río —aseguró Bristol.

La muchacha abrió mucho los ojos.

—¿De veras? ¿Ves, papá? No podemos fiarnos de nadie: el señor Regan nos pareció tan serio…, ¡y ahora resulta que a veces hasta ríe y todo!

—Acabarás molestándolo —sonrió Laurence.

—No… No, señor… —sonrió Bristol, como si le doliese el estómago—. Su hija es ingeniosa y tiene buen humor. Eso no debe molestar a nadie que sea sensato.

—¿También es usted sensato? —se asombró la muchacha.

—Ahí llega Hodges con los martinis… —rió Laurence—. ¿De veras no se queda a almorzar, señor Regan?

—Se lo agradezco… Es usted muy amable, de veras. Pero no puedo quedarme.

—¿Aceptaría una invitación a cenar? —sugirió Letitia.

—¿Hoy mismo?

—Pues… Bueno, cuando usted quiera. ¿No podrá ser hoy?

—No sé… Haré lo posible por venir…

Hodges estaba sirviendo ya los Martinis, en silencio. Bristol pensó que tenía cara de persona pacífica, igual que Jamison, el dueño de los pantalones que había llevado la noche anterior. En cuanto a los Laurence, no podían ser… o parecer más cordiales y pacíficos.

Por un momento tuvo sus dudas respecto a la eficacia de Tony Leopard. Evidentemente, allí no había nadie más que ellos tres. Quizá hubiese alguien en la casa, escondido… En cuyo caso, no quedaba más remedio que sospechar de los Laurence, ya que no tenían por qué ocultar la visita de Bill Haralson. ¿O era cierto que Haralson no estaba allí?

Un brevísimo repaso mental sobre Tony Leopard le dio un resultado exacto al respecto, como si su cabeza fuese una computadora: Tony Leopard no podía fallar nunca en algo tan sencillo. En realidad, casi nunca fallaba… De modo que si él decía que Haralson había entrado en la quinta, era que Haralson había entrado. Dos y dos, cuatro.

Entonces, ¿por qué decían los Laurence que estaban solos y aburridos?

Estuvo diez minutos más con ellos, charlando, aceptando progresivamente el incisivo humor de Letitia, a la cual acabó llamando Letty a secas, y ella Bristol a él. Cuando se despidió, la muchacha quiso acompañarlo, y fue con él, en bikini, hasta donde había dejado el coche.

—Espero que vuelva pronto, Bristol…

El
«G-man»
se quedó mirándola fijamente.

—¿Realmente lo desea? —murmuró.

Ella sonrió dulcemente. Alzó los bracitos y rodeó con ellos el cuello de Bristol, muy despacio, acariciando con su piel de seda las mejillas del federal.

—¿Por qué habría de pedirle algo que no deseo? —susurró.

Bristol llevó sus manos a la cintura femenina, tan fina, delgada y suave. La piel… Sí, era como seda. Ella se apretó contra él y entreabrió los sonrientes labios.

—Bristol… —musitó quedamente.

El «G-man» no esperó más. Cerró más sus brazos, encerrando entre ellos completamente a la muchacha. Sus labios se juntaron a los femeninos, en un beso fuerte y profundo. Letty se estremeció y correspondió cálidamente, despacio, con un tierno gemidito de agrado…

Bristol la separó casi bruscamente.

—Creo… —murmuró roncamente—, creo que debo marcharme ahora…, o tendría que quedarme…

—No es… mala idea… —ronroneó la rubita.

La volvió a besar. Ella se apretaba muy fuerte contra él, correspondiendo con verdadero agrado, emitiendo aquel gemidito de gatita. Bristol tuvo que apartarla de nuevo, y ella quedó como decepcionada un instante. De pronto sonrió.

—¿Convencido? —murmuró.

El «G-man» asintió, en silencio. Volvió a besarla, ahora breve, superficialmente, en los tiernos y frescos labios, y saltó al coche casi furiosamente. Ella le despidió agitando una manita, con la cual le envió el último beso de la tanda.

Poco después, todavía casi resoplando, Bristol detenía el coche bajo unos cocoteros situados a un lado de North West Road, y usaba de nuevo la radio.

—Tony, estaban solos en la casa.

—¿Eres tonto, muchacho? —rió Leopard.

—¡Ya sé, ya sé…! Me vieron llegar y escondieron a Haralson en la casa. Eso, suponiendo que sea cierto, y que ellos tengan algo que ver en esto… Sería bueno que tú te quedaras aquí mientras yo voy a

la cabaña número nueve del Coral Beach Motel, a ver qué hay allí que pueda ser interesante para Haralson… ¿Vale?

—Vale, Bristol.

CAPÍTULO VII

Dejó el coche fuera del motel y entró a pie.

Parecía que la mayor decoración de la isla consistía en palmeras y en el Coral Beach Motel se notaba más que en otros sitios. Las cabañas se veían por entre un espeso bosque, iluminadas a rayas por el sol. Eran de troncos, con un bonito porche lleno de flores, todas iguales de aspecto, pero diferentes de tamaño.

La nueve era más bien pequeña, y estaba en la segunda fila. Un camino de tierra blanda y húmeda, bordeado de mimosas y magnolias, iba describiendo incesantes curvas, con ramificaciones hacia las distintas cabañas, de modo que todas quedaban independientes por completo. Si un coche iba a la número 30, por ejemplo, pasaba cerca de las demás, pero no por delante, sino siguiendo el camino general.

Delante de la nueve había una gran palmera con dátiles, que sorprendió al
«G-man».
En el suelo se veían algunos frutos, de color calabaza, como brillantes. Delante de la cabaña no había vehículo alguno, y todas las ventanas estaban entornadas, como si allí dentro no hubiera nadie, o no le importase pasar calor.

El agente del FBI subió al porche, sin hacer el menor ruido. Estuvo casi medio minuto allí, escuchando, alerta sus finísimos oídos… No oyó nada. Frunció el ceño, sacó la ganzúa del zapato, y maniobró en la cerradura, siempre tan silenciosamente que ni siquiera un oído de la calidad del suyo podría haber notado nada.

Notó que la cerradura cedía y acabó de darle, la vuelta, siempre muy despacio.

Empujó la puerta. Dentro se veía una penumbra oscura, fresca…

Ni un sonido. Afuera, por encima, se oía el piar de algunos pajarillos. El ambiente no podía ser más grato y sedante.

Entró y ajustó la puerta. Se deslizó hacia el centro de la pieza. Algunas rayitas de sol llegaban hasta allí, y se veía el contorno de los muebles: sofá, mesita, sillones, biblioteca, bar, librería, lámpara de pie…

No había nadie allí. La cabeza del agente federal se volvió hacia el dormitorio. Pocos segundos después estaba en la puerta. También allí la ventana estaba casi cerrada, pero se notaba un suave fresco, debido seguramente a que las palmeras privaban de la mayor parte del sol a la cabaña.

La vio de pronto, tendida en la cama. Casi acostumbrados sus ojos a la penumbra, pudo distinguir muy bien el cuerpo femenino. Yacía blandamente, por completo vestida, con una mano fuera del lecho. Bristol se acercó más y se inclinó sobre ella. No creía ni esperaba que fuese alguna persona conocida, pero…

Se quedó atónito, contemplando aquellos rasgos orientales. Los párpados alzados, los pómulos altos y muy marcados… Una china. Oía la acompasada respiración, lenta, profunda, como si la muchacha estuviese muy cansada.

Una china.

¿William Haralson había ido a visitar a una muchacha china?

Estaba tan sorprendido que se olvidó de mantener su respiración al compás de la durmiente. Y posiblemente como consecuencia de esto, ella abrió los ojos, de pronto. Estuvo mirando el techo un segundo; inmediatamente, volvió la cabeza y sus grandes ojos oscuros y rasgados quedaron fijos en el
«G-man».

—¿Quién es usted?

—Un amigo.

Bristol se incorporó y ella se sentó en la cama. Se quedó mirándolo, parpadeando mucho…

—¿Amigo… de quién?

—Del señor Haralson. Y de usted, por lo tanto.

—¿Le envía él?

—No, precisamente. Quedamos en encontrarnos aquí, para el asunto de la moneda. Esperamos resolverlo pronto.

Lo dijo un poco al azar, pensando que tenía que decir algo que

convenciese a la muchacha china. Y así fue. Ella se tranquilizó notablemente, giró, y quedó sentada en el borde del lecho. Sus pequeños pies cayeron matemáticamente en los zapatos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Polk. ¿Me conoce?

Ella asintió con la cabeza.

—Haralson lo ha mencionado en alguna ocasión… ¿Qué es lo que pasa ahora?

—Nada. Todo va bien. Esperaremos al señor Haralson, si le parece bien.

—¿Él le ha dicho que usted tiene que estar conmigo?

—Sí.

—No veo la necesidad… Pero tampoco me molesta. Lo que quiero es el centava… ¿Tiene un cigarrillo?

Bristol sacó el paquete y se lo ofreció. Ella tomó uno, miró a su alrededor y localizó el bolsito, sobre un sillón. Lo abrió, sacó el encendedor y prendió fuego al cigarrillo. Guardó el encendedor, y cuando sacó de nuevo la mano, tenía una pequeña pistola en ella, apuntandoa la cabeza del agente del FBI.

—No se mueva… —dijo fríamente—. Usted no es Polk. Lo sé bien, porque lo he visto una sola vez antes, anoche. ¿Quién es usted, entonces?

—Polk.

—No… No, no… Usted es el agente del FBI que se les escapó anoche. Bristol Regan. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Primero en coche, luego a pie.

Los brillantes ojos negros se entornaron un instante. El tono forzadamente humorístico del
«G-man»
no la impresionó, desde luego. Estaba vigilante, atenta. No tenía miedo, pero sí parecía un poco irritada. Se acercó al teléfono de la mesita, haciendo señas a Bristol, con la cabeza, para que se apartase de la cama.

—Van a venir a por usted… —dijo serenamente—. Y espero que esta vez sean menos estúpidos que la anterior. Esto tenía que salir sin fallos, pero…

—¿Qué es «esto»?

—Cállese. Y siéntese. Y ponga las manos sobre la cabeza, juntas

y con los dedos entrelazados.

Bristol obedeció, lentamente. Se sentó, alzando las manos hasta su cabeza y cruzando los dedos. Quedó encogido en el sillón, a cuatro o cinco pies de la muchacha china, que dejó el cigarrillo y tanteó con la mano izquierda hasta encontrar el teléfono.

—¿Va a llamar a Haralson a la quinta llamada Cocoa-nut Beach?

—Le he dicho que se calle.

—Está bien…

Bristol estiró las piernas, de pronto, bruscamente, resbalando por el sillón hacia el suelo. Sus tacones golpearon en los tobillos de la chinita…, y la bala disparada por ésta con la silenciosa pistola se clavó en el respaldo del sillón, donde un instante antes había estado la garganta del
«G-man».
Éste había apoyado las manos en el suelo, y su pierna derecha ascendió velozmente. La chinita se estaba tambaleando, y parecía dispuesta a disparar otra vez, pero la puntera del zapato de Bristol dio en la pistola, que saltó por encima de ella, hacia el otro lado de la cama.

La chinita quiso saltar a recogerla, por encima de la cama. Pero Bristol la sujetó por un pie, y ella cayó de bruces sobre las sábanas… Tiró del pie… y entonces, el otro pie menudo y delicado golpeó con el fino tacón del zapato justo en el centro de la barbilla del federal, que tuvo la impresión de que el hueso se hundía como bajo los efectos de un martillazo.

Aflojó un momento la presión y el otro pie de la chinita escapó de su mano y reaccionó a toda prisa, comprendiendo que si ella cogía la pistola, ya no se hablaría más allí dentro. La chinita le metería un par de balas en la cabeza y se quedaría tan tranquila…

La cogió justo a tiempo, por una rodilla, cuando estaba a punto de caer al suelo, cerca de la pistola. Dio un tirón violento, rudo, y la muchacha pareció saltar hacia el techo. Le soltó la rodilla y la sujetó con fuerza por un brazo, obligándola a ponerse en pie, lejos de la pistola.

—Ya basta. Ahora…

La pequeña mano de ella le golpeó de pronto, de frente, en el centro de la nariz, con tal contundencia que Bristol creyó que había utilizado algún objeto duro. Retrocedió un paso, todavía sin

soltarla, y vio venir el otro golpe, hacia el pectoral izquierdo… Colocó delante el antebrazo izquierdo y le pareció que acababa de recibir allí el golpe de un hacha… Cuando comprendió que aquella muñequita oriental lo podía matar con uno de aquellos golpes de karate, decidió que su consideración había llegado demasiado lejos. La soltó del brazo y cuando ella se disponía a retroceder y alzaba las manos, rígidas, en la clásica guardia del karate, una vertical y otra horizontal, le metió el puño derecho por entre las dos, le acertó en la barbilla y la tiró de espaldas a un rincón del dormitorio.

Fue tras ella y la levantó, casi desvanecida, torciéndole un brazo hacia la espalda.

—Y ahora…

—Ahora, suéltela, Regan.

La chinita no debía estar tan aturdida como él creía, porque se soltó de un tirón. Cayó al suelo, pero desde allí se arrastró rápidamente hacia su pistola. La recogió y se volvió, apuntando al «G-man»,
que estaba mirando hoscamente a William Haralson y a Polk, ambos en la puerta del dormitorio, pistola en mano.

—Es usted un hombre persistente y astuto, Regan —dijo Haralson—. ¿Cómo es posible que haya ido sabiendo tantas cosas? ¿Quién le dijo que debía venir aquí…, después de estar en la quinta de los Laurence?

—Tiene otra pistola —recordó Polk.

—Pues quítasela. Así charlaremos más tranquilos.

—¿Trae el proyecto? —dijo acremente la chinita.

—Calma, Chi Lin; cosas de esa envergadura no se montan tan fácilmente. Todo requiere su tiempo.

—Ya he perdido demasiado. Su organización…

—¿Por qué no se calla unos segundos? —sugirió forzadamente amable Haralson—. Al señor Regan no le interesa nada sobre nuestra organización. Bueno… Sí que le interesa, pero nosotros no vamos a darle ahora ninguna clase de datos. Para los que van a morir, la sabiduría no es necesaria.

—Polk le había quitado la pistola a Bristol, que se estaba llamando a sí mismo de estúpido para arriba por aquel descuido. Claro que no podía culparse demasiado, porque mientras luchaba con la fierecilla china, Haralson y Polk habían tenido una buena

oportunidad para entrar sin que los oyese…

—Haralson: quiero esos proyectos. Y tiene que ser hoy, o perderemos todo interés por ellos.

—Mire, Chi Lin: ya le dije que uno de los nuestros se llevó la moneda, después de matar a quien tenía que entregársela a usted. Quería, según parece, entregársela al FBI, y llamó al señor Regan a Miami. Yo estaba en Nueva Orleáns entonces, me enteré de lo que ocurría, fui a Tampa… Y allí me enteré de que Anthony Castle había escapado poco antes en avión hacia Nassau. Avisé a nuestros hombres de aquí para que le esperasen, la recogí a usted y vinimos juntos en avión. La dejé en el motel, supe que el agente del FBI había escapado, y recibí órdenes de entrar en contacto con él, amistosamente, puesto que ya sabíamos que Anthony Castle no se había tragado la moneda. No sabíamos dónde podía estar, de modo que pensamos que el señor Regan, experto agente del FBI, podría sernos útil. Me presenté en su hotel simulando que Castle también quería entregarme una moneda de centavo… Mientras él y yo salíamos a comprar algo de ropa y a cenar por ahí, simulando ambos que buscábamos a Anthony Castle, Coffelt puso dos micrófonos en la *suite* del señor Regan. Así supimos que pedía ayuda y, en efecto, esta mañana fue a buscar a sus dos compañeros del FBI que llegaron en avión, y luego se alojaron en el hotel, dedicándose a vigilar aceptablemente el hotel y al señor Regan. Luego…

—Todo eso no me importa a mí. Quiero el centavo.

—Un momento. Quiero que usted lo entienda todo bien… Puesto que ese centavo está… probablemente fuera de nuestro alcance actual, le vine a decir antes que íbamos a montar otro proyecto idéntico. Una copia. Pero el proceso de la moneda es lento forzosamente. El pedido está hecho, sin embargo. De modo que sólo tenemos que esperar unas cuantas horas y usted tendrá su proyecto.

—¿Y la primera moneda?

—Cualquiera sabe dónde está ahora… Quizá alguien la encontró en algún sitio, y en estos momentos está circulando… Me temo que nunca la encontraremos. Pero, en cambio, estoy seguro de que su secreto jamás se descubrirá. No se preocupe por eso.

—Esperaré un día más. Sólo ese tiempo, Haralson.

—Suficiente. ¿Qué pasó aquí?

—Me sorprendió durmiendo… Estoy demasiado fatigada de estos días… Mi estancia aquí, mi misión, los contratiempos… Espero que usted se dé cuenta de que todo sistema nervioso necesita una relajación de cuando en cuando.

—No se atormente por su descuido… —sonrió Haralson—. El señor Regan es un hombre muy hábil. Si escapó a tres hombres con las armas en la mano, comprenda que entrar aquí y sorprenderla ha sido un juego para él… ¿No es cierto, Regan? ¿Qué es esto, Polk?

—Una radio de bolsillo, mejor que las nuestras. La tenía en un bolsillo.

—Vaya… ¿Le sirve para estar en contacto con sus compañeros del FBI, Regan? ¿Por qué no los llama? —rió—. ¡Ya verá qué sorpresa se lleva!

—No le entiendo, Haralson…

—Es fácil. En estos momentos, y tras un pequeño truco que los sorprendió, porque a fin de cuentas los agentes del FBI son tan humanos y normales como cualquier otra persona, sus amigos están en un coche, maniatados, amordazados, golpeados… Y están siendo llevados a un lugar seguro, del cual, posiblemente, no saldrán con vida.

Bristol había palidecido intensamente.

—Mentira —musitó.

—Piense lo que quiera… Pero no sea tonto. ¿Por qué habría de engañarle? Es verdad, se lo juro: se llaman Mike Majors y Stephen Leeper. Uniremos sus pistolas y sus credenciales federales a las de usted, Regan. ¿Quién sabe? A lo mejor, cualquier día nos son útiles esas documentaciones de agentes del FBI. Si quiere convencerse de que los tenemos prisioneros, llame. Tenga, llame.

Bristol cogió la radio y la accionó.

—¿Es verdad que estáis prisioneros, Mike, Stephen?

No obtuvo respuesta, y eso le llevó un poco de frío a la espalda. Tony Leopard era lo bastante astuto para haber ideado algo, un sistema de respuesta, de señal de vida. Los cuatro estaban conectados en la misma onda, y si bien parecía cierto que Majors y Leeper no podían contestarle, sí debió hacerlo, de un modo u otro, Tony Leopard. Y… Precisamente, ¿dónde estaba Tony Leopard?

—¿Se convence, Regan?

—Sí…

—Bien… Ahora podemos hacer un trato, si quiere. Usted nos dice dónde está la moneda, la recogemos y dejaremos marchar a sus amigos. Pero mucho me temo que usted tampoco sabe dónde está la moneda de centavo… ¿No es cierto?

—Quizá lo sepa, Haralson.

Chi Lin, que se había sentado en el sillón y tenía el bolso en las rodillas, tras encender otro cigarrillo, exclamó:

—Oblíguelo a entregarla, Haralson. Eso ahorrará tiempo por mi parte y gastos y molestias por la de su organización.

—No sea tan crédula, Chi Lin. ¿No comprende que el señor Regan no tiene la moneda de centavo? Y es lástima, porque con un centavo salvaría las vidas de sus dos compañeros. Vidas de a centavo, como dice mi jefe.

El hombre que tenía que entregarle la moneda a usted en Tampa, murió por un centavo, a manos de Anthony Castle. Éste murió a manos de Polk, también por un centavo. Ahora, el señor Regan va a morir por un centavo. Sus compañeros valen un poco menos, ya que con ese centavo compraría sus dos vidas. Vidas a centavo y a medio centavo. Sí; a centavo el cadáver. Pero usted ha sido tan imprudente al visitar a ciertas personas, hace poco, Regan… Me dije: Si Regan ha llegado hasta aquí, es posible que sepa llegar también hasta Chi Lin. Porque, naturalmente, usted fue allá porque sabía que yo estaba en ese lugar… ¿No es cierto, Regan?

—Quizá.

—Bien… Parece que no tenemos gran cosa que hablar. Por tanto, vamos a gastar un centavo… Quiero decir que lo vamos a matar ahora mismo… ¿No le divierte esto? A mí, este juego de palabras de cadáveres a centavo me causa una… sonrisa de buen humor.

—Pues sonría, amigo; sonría.

La voz sonó detrás de Haralson, que lanzó una exclamación y quiso volverse. Pero no pudo conseguirlo. El golpe con la pistola le acertó de lleno en la nuca, fulminándolo contra el suelo. Y cuando Tony Leopard pegaba, los efectos eran tremendos, expeditivos.

Polk también se había vuelto hacia él… Y quizá habría podido disparar si Bristol se hubiera quedado quieto. Pero el
«G-man»

aprovechó muy bien la ocasión. Sus dos manos se crisparon en la muñeca de Polk, y tras desviar el arma, pareció cargarse el cuerpo de aquél en un costado, lanzándolo contra la pared…

Justo cuando Polk rebotaba, algo se estrellaba junto a los pies de Bristol, que mientras lanzaba el fuerte puñetazo al estómago de Polk, se sintió bruscamente mareado. Polk cayó a sus pies, pero el «G-man» quedó como paralizado un instante, antes de notar aquellas rápidas y fuertes náuseas… Le pareció ver a Leopard, empujándole, y un gran rayo de sol que entraba brevemente en el dormitorio… Pero todo se estaba ennegreciendo con tal rapidez, con tan dolorosas náuseas, que estuvo seguro de que, sin saber cómo, iba a morir en aquel mismo momento.

Le pareció oír la voz de Leopard, ahogada:

—¡No respires!

Luego notó un tirón; le pareció que empezaba a volar, el estómago le dio un salto tan violento que estuvo seguro de que había estallado…

CAPÍTULO VIII

—¿Qué… qué…?

—Sst.

Movió la cabeza y estuvo seguro de que le iba a saltar en mil pedazos. A su lado estaba Tony Leopard, con la boca muy abierta, respirando ávidamente. Pero…, ¿dónde estaban los dos? Veía un suelo de madera, parte de un porche, unas palmeras al fondo… Y una puerta, y parte de un marco… Lo comprendió pocos segundos después. Estaba en la puerta de la cabaña, tendido en el suelo; la puerta estaba entornada solamente.

—Tony…

—Tranquilo, Bristol. Ha pasado.

—¿Qué…?

—La chinita nos tiró una ampolla de gas venenoso. A los cuatro. No le importaban demasiado las vidas de Polk ni de Haralson… Tiró la ampolla, y como tú estabas entre ella y yo peleando con Polk, ella pudo salir a la terraza del dormitorio, por la puerta-ventana… ¿Estás bien?

—Sí… Creo que sí. ¿Qué más?

—Pues que preferí sacarte de allí a toda prisa en lugar de perseguir a la hija del Celeste Imperio. Ya volverá. Y pronto.

—¿Volverá…?

—Seguro que sí, nene. Y muy pronto, te digo.

—¿Por qué ha de volver?

—Te lo diré: querrá asegurarse de que estamos todos muertos. Entonces, irá a pedir ese proyecto de que hablaban…

—¿Estabas allí cuando decían eso…?

—Hombre, claro. ¿No te dije que no dejaría a Haralson ni aunque tuviera que atar su coche al mío con una cuerda? Supongo

que desde la quinta avisó a Polk, lo recibió en el cruce de North West Road y el camino que conduce al motel y vinieron aquí. Yo, detrás de ellos. Ya sabes que soy sigiloso como una pantera.

—Sí, hombre, sí —gruñó Bristol.

—Bueno. Como te decía, la chinita querrá saber si estamos todos muertos. Si se convence, irá a pedir una copia del proyecto. Cuando le pregunten por Haralson y Polk, dirá que ellos tenían algo que hacer, y que no sabe dónde están. Y la creerán, porque saben que Haralson salió a buscarte a ti para matarte, porque sabes demasiado. Y como ellos estarán tranquilos, seguirán con el montaje de ese proyecto, se lo entregarán y ella se irá con él. En cambio, si no está segura de que hemos muerto, no podría estar tranquila allí, ya que sabe que nosotros hemos descubierto el asunto de la quinta Cocoa-nut Beach. ¿Lo entiendes?

—Claro. ¿Qué proyecto es ése?

—¿Y yo qué demonios sé? —gruñó Leopard—. Soy un superagente, pero no un mago.

—Tony: tienen a Mike y a Stephen.

—Lo sé… —musitó sombríamente Leopard—. Y si los tienen todavía vivos, los sacaremos de allí.

—¿De la quinta?

—Más o menos. Haralson no salió por…. ¡Ahí viene! ¡Vamos adentro!

Se deslizaron los dos hacia el dormitorio. Haralson y Polk yacían en el suelo. El primero boca abajo, y Polk cara al techo, muy abiertos los ojos. En su boca se veía una ligera espuma.

—Saliva, Bristol —susurró Leopard—: ella debe creernos muertos.

—Pero si se da cuenta… Tiene una pistola, Tony.

—No te preocupes. Tendré la pistola a punto. Si es necesario, la heriré. Aunque sería mejor dejarla, que siga adelante, y pillarlos a todos cuando más confiados estén. Y lo estarán si ella va allá, dice que todo está bien y que quiere el proyecto.

—Está bien…

Se tendieron en el suelo los dos. Leopard lo hizo cruzándose sobre Haralson, escondiendo la pistola bajo el cuerpo. Ladeó la cabeza, de modo que podría ver a Chi Lin. Tendría que mantener los ojos abiertos, como desorbitados, y esperaba poder conseguirlo.

Se manchó los labios con saliva, dejando sobre ellos toda cuanta pudo.

Bristol se tendió boca abajo, también con la cabeza ladeada. Le costó no poco conseguir la saliva, porque sentía la boca seca. Estaba todavía moviendo la lengua cuando, oyó el leve taconazo en el *living*. Otro. Otro… Los menudos pasitos se fueron acercando. Miró hacia Leopard y le vio con los ojos abiertos, fijos en el techo, pero se tranquilizó, porque sabía que en realidad estaba en completa tensión, vigilante…

Estuvo a punto de respingar cuando los pies de la chinita quedaron junto a sus ojos, a menos de media yarda. Tenía los pies pequeños, y las piernas bonitas… Ella estuvo quieta durante unos segundos. Luego se movió hacia Tony Leopard… Dio la vuelta alrededor de los cuatro hombres tendidos en el suelo… Bristol contenía la respiración y notaba unas gotitas de sudor en la frente… Si ella se daba cuenta…

La vio mejor, de pronto. Estaba junto a Tony, mirándolo. Tenía la pistolita en la mano, pero no parecía dispuesta a usarla. Alzó de pronto un pie, lo apoyó en el pecho de Leopard y empujó… El «G-man» de los ojos color pimiento cedió, rodando sobre Haralson, hacia el suelo, blandamente… Quedó con la mano derecha bajo el cuerpo, la cabeza de lado… Los ojos abiertos…

Chi Lin se apartó de ellos, de pronto. Fue al armario, lo abrió y sacó un bolso de viaje. Echó un vistazo por el dormitorio, una última mirada a los «cadáveres», y luego caminó hacia la puerta del *living*. Los menudos pies pasaron junto al rostro de Bristol, taconeando levemente… Luego, el taconeo se oyó en el *living*, la puerta se abrió, se cerró… Las pisadas resonaron en el porche, apagadas…

Bristol Regan cerró los ojos y respiró profundamente. Una gota de sudor resbaló por la frente, la sien, llegó a la oreja…

—Nos hemos ganado un cigarrillo.

Leopard estaba sentado junto a él, con las piernas cruzadas a estilo árabe, y le tendía un paquete de cigarrillos, sonriendo. Tenía un aspecto extraño, nuevo para Bristol, que jamás había trabajado con el número uno de la zona de Miami. En realidad, pocos habían trabajado con Leopard, y a veces parecía, viéndole sonreír y charlar,

que todo lo que se contaba de él era puro cuento. Pero parecía que el agente especial que resolvía casi todas sus misiones en solitario no era un mito, sino una realidad. Especialista en espionaje. Naturalmente. Y el inspector Gordon debía haber aceptado inmediatamente el viaje de Leopard a Nassau, «porque tenía envidia de Bristol». Por algo Gordon era el jefe y Leopard el número uno…

—Tony… Por el amor de Dios, ¿cómo has podido soportar…?

—Entrenamiento y voluntad… —sonrió el agente de los ojos color pimiento—. Toma, fuma. Pero no seas cochino: seca esa saliva.

Le metió entre los labios un cigarrillo ya encendido, y encendió otro. Estaba la mar de tranquilo, sentado entre dos cadáveres, como un jeque viendo bailar a sus esclavas.

—Ahora —dijo, expeliendo con gran complacencia el humo— seguiremos jugando, pero a nuestro modo. Ya verás, ya… —Sacó la radio del bolsillo y la accionó—. ¿Estoy hablando con los chicos de Nassau?

—Hola, Tony. Estamos listos.

—¿Todo preparado?

—Todo.

—Magnífico. Nos veremos dentro de media hora, aproximadamente, cerca de la entrada de RAF Cementery. No llaméis a Leeper y Majors por su onda, porque es cierto que, tal como temíais, los han atrapado.

—Está bien. ¿Y Bristol Regan?

—Conmigo, fumando. Vamos para allá los dos. Hasta ahora.

Se guardó la radio, dio otra chupada al cigarrillo y sonrió.

—¿Has cambiado la onda? —musitó Bristol.

—Tenía dos ondas determinadas. Una era para nosotros, los de Miami. La otra, para los de Nassau. Aquí hay que ir con cuidado, porque los isleños y las autoridades británicas son muy suspicaces. De cuando en cuando llamaba a los de Nassau. Me dijeron que Mike y Stephen no estaban en el hotel, y entonces decidí cambiar de onda, dejando establecido el contacto con ellos. Dame tu radio y ve a abrir esa puerta-ventana.

Bristol la recogió, la entregó a Leopard y fue a abrir la puerta-ventana. Leopard cambió la frecuencia de onda, la cerró y se la devolvió, poniéndose en pie.

—Ahora iremos a ver a los chicos de Nassau. Luego iremos a la quinta… Ah, como te decía antes, Haralson no salió de allí por la misma puerta que había utilizado para entrar, o sea, la de las verjas.

—¿Por dónde salió?

—Pues… No lo sé exactamente. ¿Sabes nadar bien?

—Claro —gruñó Bristol.

—Entonces es posible que nos enteremos pronto. ¿No es extraño? Haralson apareció de pronto cerca del coche, junto a las rocas que forman un pequeño acantilado en uno de los lados de la quinta. Supongo que debió temer que estuvieses vigilando, y se las dio de listo, utilizando otra salida. Naturalmente, lo vi.

—Naturalmente —intentó sonreír Bristol.

—¿Qué te pasa? Pareces preocupado. Si es por nuestros compañeros…

—Por ellos, primero, desde luego. Y después, por esa chica…

—Tómatelo con calma. Si es inocente, le darás unos cuantos besos y todos contentos. Si es culpable…

—¿Qué?

—La meteremos para toda su vida en la cárcel —sonrió duramente Leopard—. ¿Qué otra cosa?

—No sé…

—Anda, vamos… Los chicos de Nassau estarán impacientes.

* * *

—Olsen y Bridges —presentó Leopard—: este jovencito es Bristol.

—Hola —sonrieron los «G-men» destacados en Nassau.

Llevaban pantalones blancos, camisas de colores, sombreros de paja, zapatillas deportivas, y parecían, igual que Bristol cuando llegó el día anterior, dos estupendos muchachos dispuestos a gozar de la vida.

—Hola —dijo Bristol.

—¿Lo habéis traído todo? —preguntó Leopard.

Ellos señalaron hacia el coche que habían utilizado, y los cuatro fueron hacia allí. Leopard esperó a que abrieran el gran portaequipajes y se quedó mirando los equipos de hombre-rana,

completos, en perfectas condiciones, de color negro.

—Muy bien. Ahora, vamos a cambiar de coche, muchachos. ¿Estamos solos los cuatro?

—Ferguson y O'Hara están esperando que les digamos algo.

—Llamadlos por la radio, sí… Decidles que se reúnan con vosotros. Tres os colocaréis delante de la esquina, dispuestos a todo en un momento dado. El otro se esconderá en las rocas de que os hablé, para vigilar. Pero no intervengáis, a menos que os parezca que es necesario.

—¿Cómo sabremos eso?

—Pues… Si nos matan, os pondremos un telegrama. Entonces, actuad. Y ya, sin miramientos. Que no escape nadie.

—De acuerdo —rió Olsen—: estaremos esperando el telegrama. Hasta luego, Bristol.

—Adiós…

Se fueron los dos, hacia el coche que había alquilado Leopard aquella madrugada. Bristol y Tony entraron en el nuevo coche. Leopard se metió un dedo en una oreja, apretando furiosamente.

—Alguien está hablando mal de mí. Y apuesto a que es el jefe… Seguramente está que trina por no tener noticias. Oh, vamos, chico, no pongas esa cara por una rubia. Hay más. Mira, no hace mucho, conocí a una que parecía un angelito, y que decía que estaba loca por mí. Bueno; pues a los dos días, si me descuido, me llena de plomo, a lo bestia, sin ninguna contemplación. Naturalmente, me reí de ella.

—Naturalmente.

Tony Leopard sonrió, bonachón, y encogió los hombros. Puso en marcha el coche. Se preguntó cuánto tiempo tardaría Bristol Regan en darse cuenta de que si había alguien que estaba preocupado por Majors y Leeper, ese alguien era precisamente él. Tony Leopard.

En aquella parte de la playa, los cocoteros casi llegaban al agua. Y bajo ellos, tras esconder convenientemente el coche, los dos «G-men» se dedicaron a colocarse los equipos de «hombre-rana». Estaban a más de quinientas yardas de la costa de la quinta llamada Cocoa-nut Beach.

—Tendremos que nadar quinientas yardas —decía Leopard—. Espero que llegues allá en buenas condiciones físicas. Habrá que buscar bien… Si no encontramos…

—Tony.

—¿Qué hay?

—Estoy pensando… Cuando el coche de Letty se detuvo allá, en la carretera, creo que aún no me habían visto. Se detuvo antes de que las luces me dieran de lleno. Sí… Creo que no me habían visto aún… ¿Qué opinas de eso?

—No me parece muy difícil, muchacho. Aunque te siente como una patada en el vientre, yo creo que esa chica sabe algo. Y el mayordomo llamado Hodges, y el tal Jamison… Todos. Debían saber lo ocurrido, y quisieron echar un vistazo. Apuesto a que en la carretera se cruzaron con Polk, Shields y Godby, y ellos les dijeron lo ocurrido. Entonces, la chica quiso echar una mirada, al legar a aquel lugar. Y cuando se detenía, te vieron…

—Pudieron matarme, en el coche, o en la quinta…

—Claro. Y como tú me estabas esperando, y habías dejado recado en el hotel de que si llegaba una visita le dijeran que estabas en una quinta de Cocoa-nut Graves llamada Cocoa-nut Beach, se habrían echado encima, sin remedio, a todo el FBI. Fue una suerte para ti que utilizaras el radioteléfono del coche, porque eso les detuvo. Tenían que dejarte marchar, de momento. Luego, examinado el cadáver de Castle, y viendo que no tenía la moneda, enviaron rápidamente a Haralson al hotel, para que entrase en contacto contigo. Alteraron un poco sus planes, porque así les convenía. Saliste con Haralson a cenar, a comprar ropa… Y mientras tanto, ese Coffelt te puso los micrófonos. Así sabrían, quizá, algo interesante. Pero las cosas no les han salido muy bien, porque llegué yo, me metí en tu *suite* por mi cuenta y en pocos minutos lo tenía todo visto… Soy un fenómeno, muchacho, créeme. ¿Te ayudo?

—No, no… Mmm… Yo he pensado aún más cosas, Tony. Creo… creo que el cadáver de Anthony Castle podía muy bien ir en aquel coche-camioneta. Quizá Coffelt entregó el cadáver a Jamison y a… a la chica. Había verduras, frutas, cosas así…

—Y como fiambre, un cadáver de a centavo. Es posible, Bristol.

—¿Te parece que estas teorías se confirmarán…?

—¿Y yo qué sé, demonios? Si se confirman, mala suerte. Si estamos equivocados, pues ya obtendremos otra explicación, ¿no te parece? ¿Qué? ¿Estás listo?

—Sí… Un momento… ¿Llevas tú el soplete?

—Y tú las palancas. Vamos al agua.

Recogieron cada uno la parte de equipo que se habían asignado y caminaron hacia el agua, levantando los pies, provistos de flexibles aletas, negras. No se veía un alma por aquella playa umbría, un poco áspera, pues había muchas rocas llenas de erizos y otros crustáceos de valvas duras, cortantes. Muy bonita a la vista, pero molesta, casi peligrosa.

* * *

Cinco minutos después, los dos se detenían en el lugar indicado por Leopard, tras una mirada a la costa rocosa. Se sumergieron y empezaron a tantear las rocas. Leopard había insistido en que Haralson sólo podía haber salido por allí, y Bristol tenía cada vez más confianza en su compañero, que había demostrado ser capaz de pensar magníficamente sin ayuda de nadie.

Durante más de diez minutos, ayudados por la luz del sol, estuvieron insistiendo en las rocas, golpeando suavemente con las palancas. Hacia la superficie subían las burbujas semiesféricas, delatadoras de la presencia de hombres-rana. Algunos peces menores se acercaban bastante. No parecían tener miedo. Bristol llegó a la conclusión de que eran en verdad muy poco inteligentes, siempre con la misma expresión… Tenían bonitos colores…

Leopard le tocó en un brazo, de pronto; cuando consiguió su atención, señaló con un dedo la pared de roca viva; luego, con ese mismo dedo, efectuó un recorrido por la roca, marcando un rectángulo que llegaba casi al fondo. Por fin, se quedó mirando a Bristol, señaló los pocos crustáceos, los escasos erizos que se adherían precisamente a aquel rectángulo señalado…

Bristol asintió enérgicamente con la cabeza. Se acercaron los dos al mismo sitio, y empezaron a clavar o a intentar clavar la palanqueta en la roca, recorriéndola lentamente, de décima en décima de pulgada. Por fin, la palanqueta se hundió, quizá media pulgada. Inmediatamente, cada uno con una palanqueta, empezaron a forzar la roca en aquel punto… La roca empezó a romperse, en

pequeños pedazos que iban rápidamente al fondo. Poco a poco, empezó a aparecer la plancha de metal claveteado… Veinte minutos más tarde, casi agotados, los dos «G-men» tenían al descubierto un pie de plancha, en la parte superior del rectángulo. Leopard se dispuso a utilizar el soplete, pero Bristol le contuvo con un gesto. Señaló los remaches más gruesos, cerca de las dos esquinas de la plancha, luego el soplete, y de nuevo los remaches. Tony Leopard no tardó ni dos segundos en admitir la buena vista de su compañero. Aquellos remaches debían sujetar a la plancha las cadenas que, por el otro lado, tensas, la mantenían cerrada.

Asintió con la cabeza, y accionó la rueda del soplete. El metal comenzó a ceder a los dos minutos escasos. En diez minutos había dos agujeros que sustituían a los remaches. Y de nuevo tuvieron que utilizar las palancas… La puerta de plancha cedió pronto, cayendo hacia ellos, que tuvieron que apartarse a toda prisa; pero todavía tuvieron tiempo de ver las cadenas, que también iban hacia el fondo de aquel lugar oscuro. La plancha se detuvo en el fondo, sobre rocas y arena.

Tras una mirada, los dos hombres del FBI entraron en aquel negro, casi siniestro lugar. Leopard se dejó ir hacia la superficie y se dio de cabeza contra un techo que no esperaba. Encendió la linterna y vio a Bristol junto a él, también rascándose la cabeza por encima del capuchón de goma. Se colocaron los dos boca arriba y fueron nadando solamente con los pies, siempre con la linterna apuntando aquel techo de roca.

De pronto desapareció. Y de nuevo se dejaron ir hacia la superficie los federales.

Cinco segundos más tarde, sus cabezas sobresalían del nivel del agua. Pero no habrían visto más que tenebrosa oscuridad de no haber sido por las linternas, cuyas luces dieron en una especie de minúscula playita. Nadaron hacia ella, se sentaron allí, suspirando al quitarse las boquillas y quedaron mirándose.

—Bien… —musitó Leopard—. No más dudas ya, Bristol.

—No… No más dudas. Mira eso.

Se veía una esfera de plástico que debía ser durísimo, adherida a un brazo metálico extensible. Era transparente, y dentro se veían

algunos salvavidas y un par de remos.

—¿No está mal, verdad? —sonrió secamente Leopard.

—Por ahí salió Haralson.

—Se supone que sí. Esa esfera, accionada por unos mandos, se mete en el agua, siempre sujeta por el brazo extensible y articulado en un solo codo. Atraviesa la gruta, sale a la playa y sube a la superficie. Si sólo se trata de salir de la quinta por un sitio secreto, nada más hay que subir por las rocas. Si se trata de escapar, la esfera se divide en dos, queda convertida en un bote y bastaría para alejarse de aquí, por el momento, hasta otro lugar del cual poder escapar más… cómodamente.

—Ahí tenemos la puerta.

Leopard se quitó las aletas de los pies y fue allá; la puerta era de madera, pero muy sólida… Si bien, no pudo resistir el soplete… Cuando quedó abierta, vieron un corto pasillo, a la luz de las linternas; y al fondo y a la derecha, el primer escalón de un tramo de diez o doce que llevaba a otra puerta, de cristal opaco, y tras el cual parecía que había luz.

Se quitaron los lentes, los tubos de aire, los cinturones con los plomos… Desenvolvieron el paquete de plástico y empuñaron las pistolas, dejando todo lo demás allí, en el suelo.

—¿Dispuesto, Bristol? —musitó Leopard.

—Vamos.

Ascendieron cautelosamente los escalones. Casi en seguida, empezaron a oír voces de hombre. Y una de mujer.

—Chi Lin —susurró Bristol.

—Sabía que vendría aquí… Bueno, vamos a por ellos.

CAPÍTULO IX

Chi Lin estaba sentada en una silla metálica, fumando, cruzadas las bonitas piernas, mirando impaciente a todos lados. Era una pieza grande, de unos cuarenta pies de largo por treinta de ancho. Se veían mesas, armarios, aparatos fotográficos de gran potencia, un par de máquinas grandes, niqueladas… Todo era de metal, frío, sin color. Aparte de la iluminación del techo, cada mesa tenía la suya propia, muy potente. En cuatro de aquellas mesas se veían otros tantos hombres, de edad mediana, abstraídos en su trabajo. Sentado ante otra mesa, pero vuelto de espaldas a ésta y dando cara a Chi Lin, estaba Rendall Laurence, también fumando, pensativo. El silencio era absoluto. Había una puerta de chapa de acero, a un lado, cerrada. En un rincón, un renovador de aire.

La chinita miraba con frecuencia su reloj, impaciente. Cada vez más impaciente.

—¿Falta mucho? —preguntó de pronto.

—Paciencia… —sonrió cortésmente Laurence—. Un par de horas más, y todo habrá terminado. No esté preocupada, todo va bien.

—¿Y la lancha?

—¿Por qué está tan nerviosa? No hay motivos… Haralson llamará pronto para decirnos que el agente federal ha sido eliminado, ya que no parece saber dónde está la moneda. En cuanto a usted, la sacaremos por la cabina, la recogerá una lancha y la llevará directamente a Miami. Allá podrá tomar tranquilamente el avión con destino a cualquier punto que la vaya acercando a China.

—¿Y ellos? —señaló Chi Lin—. ¿También morirán?

Rendall Laurence miró a los dos hombres que estaban tirados en el suelo, sólidamente atados de pies y manos con cuerdas de nylon, y amordazados: Mike Majors y Stephen Leeper.

—Tendrán que morir, por supuesto. Y esperemos que ni ellos ni Regan hayan tenido tiempo de decir nada respecto a nosotros al FBI. Sería lamentable abandonar este magnífico escondite.

—¿Qué está esperando para matarlos?

—Calma… Quizá puedan sernos útiles aún… Si el señor Regan es tan listo como parece y encuentra el centavo, creo que lo cambiará gustosamente por sus compañeros. Si no… ¿Le importa que la deje un momento? Están llamando…

Señaló hacia el techo, en el cual, una pequeña bombilla roja estaba lanzando intermitentemente su luz. Casi al mismo tiempo, se oía la voz de Letitia Laurence:

—Son Coffelt, Shields y Godby, papá. Quieren hablar contigo.

—Déjalos pasar.

Pocos segundos después, la puerta de acero se abría y los hombres mencionados entraban en la pieza. Los hombres que estaban trabajando en las mesas parecían no oír nada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Laurence—. Os he dicho muchas veces que no quiero que vengáis aquí si no es imprescindible…

—Son casi las cinco de la tarde… —musitó Shields—. Y desde las dos escasas estamos llamando a Haralson y a Polk, sin recibir respuesta. Algo ha ocurrido, señor Laurence.

—¡Algo ha ocurrido! —exclamó fríamente Laurence—. Está la isla llenándose de agentes del FBI y venís a decirme que algo ha ocurrido. ¿Estáis locos?

—Lo que estamos es convencidos de que Haralson y Polk están en algún apuro. Quizá ese federal que ahora no encontramos haya podido con ellos.

—¿Y qué? ¿Ganarías algo viniendo aquí? Marchaos… —Miró su reloj—. Y decidle a Pough que venga a buscar a su pasajera a la salida del pasadizo dentro de dos horas. Ni un minuto más. Quiero que ese proyecto llegue a China cuanto antes. Son buenos clientes. Y…

Se volvieron todos velozmente, sobresaltados, cuando la puerta de cristal opaco saltó en pedazos. El asombro los dejó petrificados un par de segundos al ver allí a dos hombres con trajes negros, de goma, y una pistola en la mano. Leopard introdujo la izquierda por el gran hueco dejado por el cristal, dio vuelta a la llave…

Y Godby llevó la mano al sobaco.

Bristol disparó, sin moverse, sin inmutarse. Era un blanco muy fácil para un hombre que ha sido entrenado a disparar en las más difíciles e inverosímiles posturas…, dando siempre en el blanco… Godby saltó hacia atrás, chillando, dio de cabeza contra la pared, junto a la puerta metálica, y cayó muerto al suelo.

—Con permiso… —sonrió fríamente Leopard, empujando la puerta—. ¿Se puede? Oh, Bristol, en primer lugar…

—Papá —se oyó la voz de Letitia, tensa—: ¿qué sucede?

—Buenas tardes, Letty… —saludó Bristol hoscamente—. He aprovechado su invitación de venir cuando quisiera…, y aquí me tiene. Claro que… he tenido que entrar por la puerta de servicio.

—Muy bien, Bristol… —aprobó Leopard—. Ahora, en primer lugar, y prescindiendo de la chica del micrófono, quítale a Chi Lin su bolsito, no sea que nos tire otra porquería de aquéllas… ¿Qué tal, muchachos?

El saludo iba dirigido a Majors y Leeper, pues los dos federales se removían, deseando atraer la atención de sus compañeros. Bristol le quitó el bolsito a Chi Lin, que estaba impávida, y tras el primer momento de furia y sorpresa, continuaba fumando tranquilamente. Luego, el «G-man» desató a sus compañeros, que se pusieron en pie resoplando y se apresuraron a quitarles las pistolas a Coffelt y Shields, colocándolos luego en un rincón, de cara a las paredes que formaban el ángulo.

Registraron a los cuatro hombres que habían estado trabajando en las mesas, y los empujaron junto a Shields y Coffelt. Bristol, con el bolso de Chi Lin colgando de un brazo, señaló aquel mismo rincón, mirando a la chinita.

—Vaya también allí. Y cuidado con ella, muchachos: es muy venenosa.

Chi Lin obedeció sin rechistar.

Leopard estaba examinando los trabajos que aquellos hombres habían estado realizando. Con toda facilidad, se veía un mapa del Nordeste de Asia. Luego, detalles de la frontera ruso-chino-mongola. Y un mapa de Corea del Sur, con varios puntos marcados en rojo…

—¿Le dice algo eso? —preguntó amablemente Laurence.

Leopard lo miró fríamente.

—Es posible. Pero quizá sería conveniente que usted lo explicara

con detalle.

—¿Por qué no? —sonrió el elegante millonario—. Son unos planes que tenemos vendidos a China por cinco millones de dólares.

—¿Qué clase de planes?

—¿Usted sabe que Estados Unidos tiene bases de proyectiles atómicos dirigidos en diversos puntos de Corea del Sur? —sonrió Laurence.

Tony Leopard palideció. Examinó de nuevo los mapas, los puntos rojos en el de Corea del Sur…

—¿Qué pretende exactamente usted? —musitó, lívido.

—Ganar cinco millones de dólares. China los paga, yo los cobro. Naturalmente, los he ganado con mi trabajo, el de mis colaboradores, mi organización toda.

—¿Tiene usted personal en Corea del Sur?

—En estos momentos, sí. Son agentes muy eficientes, señor…

—Leopard. Tony Leopard, del FBI, por supuesto.

—Encantado. Como le digo, mis agentes son muy eficientes. Disponen de dinero, además. Hemos podido sobornar a buena parte del personal militar surcoreano que puede en un momento dado acercarse a esos proyectiles atómicos dirigidos made in USA.

—¿Con qué objeto?

—Dispararlos, naturalmente. Contra Rusia, eso sí. Digamos que los surcoreanos no sienten precisamente aprecio por el comunismo. Si además de perjudicar a Rusia, se les paga, la cosa marcha sobre ruedas. Por eso, todo está preparado para disparar esos proyectiles americanos contra la frontera ruso-china, en Siberia. ¿Usted está al corriente de la gran tensión que existe en ese punto de la frontera cercana a Mongolia, señor Leopard?

—Desde luego.

—Cientos de miles de chinos quieren ocupar…, reivindicar esa parte de Rusia para China. Naturalmente, los rusos no están dispuestos a permitirlo y han aposentado allá unas cuantas divisiones y diversas armas en verdad… poderosas. A pesar de eso, los chinos quieren entrar en esa parte de Siberia, que aseguran les pertenece. Entonces, los chinos, a los cuales he servido inteligentemente en otras ocasiones, recurrieron a mí, y yo lo organicé todo. Chi Lin es la encargada de llevar los planes que hemos elaborado, a Corea del Sur. Y una vez tengan en su poder

esos planes los hombres que están esperando allá, los proyectiles americanos serán lanzados contra las divisiones rusas aposentadas en la frontera ruso-china. Eso permitiría a esos cientos de miles de chinos penetrar en la Siberia. Luego, iba a ser muy difícil sacarlos de allí. Eso querían los chinos, me han pagado… Y Chi Lin tiene que llevar los planes a los hombres que están esperando para lanzar esos proyectiles, traicionando la confianza e ingenuidad de Estados Unidos.

—Entiendo que si estos proyectos no llegan a Corea del Sur, no se podrán disparar esos proyectiles —tembló la voz de Tony.

—Desde luego que no.

—Bien… —suspiró el «G-man» —. Entonces, señor Laurence, le aseguro que no llegarán.

—Si usted lo dice…

—Lo aseguro. ¿Qué juega en todo esto la moneda de un centavo?

—Ah, ése es un detalle de seguridad, señor Leopard. Reducimos los planes a microfotos, introducimos el microfilm con todo el proyecto dentro de una cápsula de materia especial y esta cápsula dentro de una moneda de a centavo. No se nota nada, ya que incluso el peso del microfilm y el de la cápsula están calculados para que, si pesan la moneda, dé el peso exacto de la aleación corriente que se utiliza en su acuñación. De este modo, hace tiempo que estamos pasando informaciones que a nosotros nos resultan… interesantes.

—¿Siempre para China?

—A menudo, solamente.

—Es un sistema ingenioso, señor Laurence.

—Y muy seguro. Comprenda usted que un beneficio de cinco millones de dólares por… una moneda de centavo, no está nada mal, aunque… aunque haya quien crea lo contrario.

—¿Como Anthony Castle, por ejemplo?

—Oh, sí… Era un hombre muy… temperamental. Español, no le digo más. Los hispanoamericanos, y sobre todo los españoles, como Antonio Castillo, que era su verdadero nombre, tienen… reacciones raras. Durante algún tiempo. Antonio Castillo estuvo trabajando para mí… Compraba y vendía secretos… Él decía que se divertía.

Pero el proyecto de enfrentar a Rusia y Estados Unidos no le gustó. El y otro de mis hombres salieron de aquí hacia Tampa, para entregar allá la moneda a Chi Lin. Antonio Castillo mató al otro y… Bueno, ya saben lo demás, ¿verdad? Castillo era raro, sí… Tenía un extraño… sentido del espionaje.

—Yo creo que, simplemente, él no estaba loco, y usted lo está de remate, Laurence… —masculló Bristol—. ¿Se da cuenta de lo que significaría enemistar seriamente a Rusia y a Estados Unidos, tal como están las cosas en el mundo?

—¿La guerra? Bueno, siempre ha habido guerras, ¿no es así?

Leopard se acercó a él y pareció que fuese a romperle la cabeza de un manotazo. Se contuvo y señaló las mesas.

—Recoja todo ese proyecto, Laurence. ¿O lo tiene ya en microfilm?

—Está ya en microfilm. Ahora estábamos estudiando los datos para componer la moheda de centavo. Es un trabajo delicado… ¿Ve esas dos máquinas? Costaron casi doscientos mil dólares cada una y…

—El microfilm, Laurence.

—Sí… Lo sacaré de la caja…

—Tenga cuidado con lo que hace.

—Claro… Se lo enseñaré. De todos modos, no van a poder salir nunca de aquí…

—Ya hemos entrado… ¿Por qué le parece que no saldremos?

—Porque mi hija lo impedirá. Tendré mucho gusto en enseñarles el microfilm, por tanto. Vean.

Apretó un lado de la pared y un rectángulo de ésta se abatió silenciosamente, dejando ver un hueco en el que se veían diversos objetos y una pequeña caja metálica.

Leopard miraba fijamente los ojos de Rendall Laurence mientras éste dirigía las manos hacia el interior de la caja disimulada. Y al mismo tiempo que algo se crispaba en él, alarmándolo uno de los cuatro «colaboradores» de Rendall Laurence se volvía como loco.

—¡No! ¡No, No, LAUREN…!

Encima de la caja apareció otro hueco, velozmente, y Leopard apretó el gatillo de su pistola, gritando:

—¡Al suelo! ¡Al suelo todos…!

Una hilera de metralletas montadas en una barra de acero había

empezado ya a disparar, a la vez, moviéndose hacia todos lados, mientras Laurence, con una bala ya en el pecho, por el lado derecho, continuaba apretando furiosamente el botón, gritando… Leopard tuvo que dispararle por segunda y tercera vez, de rodillas en el suelo, antes de arrancarlo de allí… Inmediatamente, las metralletas dejaron de funcionar. Se oían toses y unos quejidos. Los agentes del FBI, de reflejos muchos más rápidos, habíanse movido a una velocidad tal que cuando las balas empezaron a llegar a los lugares que ocupaban, ellos gateaban ya hacia el rincón de la puerta… Excepto Leeper, que había sido alcanzado en un hombro por una sola bala, los demás no habían sufrido ni un rasguño… En cambio…

En cambio, Coffelt, Shields y Chi Lin habían sido destrozados contra la pared por varias andanadas cortas. Y de los cuatro «colaboradores» de Laurence, tres habían muerto tan instantáneamente como la chinita y Shields y Coffelt. El último tenía la cara llena de sangre, y estaba caído de rodillas, gritando y llorando…

—Papá: ¿estás bien?

Los federales miraron hoscamente hacia el techo; el micrófono debía estar allí, pero eso no tenía interés alguno. Leopard se acercó a Rendall Laurence y lo volvió cara al techo con un pie, huraño. Estaba muerto.

—Abra esa puerta, señorita Laurence —gruñó.

—¿Aún está usted vivo?

—Y yo también, Letty —masculló Bristol—: abra la puerta.

—¿Qué le ha ocurrido a mi padre?

—Está muerto. Abra.

—¡Muerto…! —gritó la muchacha—. ¿Abrir? ¿Abrirles la puerta? ¡Van a morir todos como ratas antes de diez minutos!

—No sea estúpida ahora… Usted tiene buen humor, demuéstrelo. Piense que si no nos abre, nos será fácil salir por donde hemos entrado, por la playa…

—¡Van a morir como ratas! —chilló la muchacha—. ¡Como ratas inmundas que son!

Bristol iba a decir algo, pero Leopard le sujetó de un brazo y lo llevó hacia la destrozada puerta de cristales… Cuando miró hacia abajo, Bristol supo qué era aquella especie de rugido que había

empezado a oír… El agua estaba subiendo rápidamente de nivel, y rebasaba ya el tercer o cuarto escalón. Los tubos de aire, todavía medio llenos, no se veían, se habían hundido, deslizándose hacia la fosa mayor, seguramente… Y con ellos, los lentes, las aletas…

—¡Letty! —chilló Bristol—. ¡Abra la puerta ahora mismo!

Leopard estaba tan pálido como él, pero más calmado. Sacó la radio y la accionó.

—Olsen, ¿puedes oírme?

—Muy mal, pero te oigo… ¿Entramos?

—A toda prisa y caiga quien caiga y sea como sea. Atiende: estamos encerrados en un sótano, con puerta de acero y lo están inundando. Busca los sótanos de la quinta, y arranca esa puerta como sea. No disponemos de más de cinco minutos. Por el momento, los cuatro estamos vivos… Te esperamos.

—¡Allá vamos!

Cuando Leopard cerró la radio, el nivel del agua llegaba ya a la mitad del tramo de escalones. Subía tan rápidamente, que quizá ni siquiera pudiesen disponer de cinco minutos. En menos de medio, el agua rebasó el último escalón y empezó a entrar en la pieza. Intentar salir por el lugar utilizado para entrar, era un suicidio mucho mayor que esperar la posible participación a tiempo de sus compañeros. Con los tubos de aire, todo habría sido fácil, pero a pulmón libre…

Un minuto después, el agua llegaba a la cintura de todos. El único superviviente de la banda de Rendall Laurence, todavía con la cara llena de sangre, estaba ahora como petrificado, tan pavorosamente asustado, que parecía estar sufriendo un *shock* mental o nervioso. Majors ayudaba a Leeper a sostenerle y Bristol estaba palpando la puerta por todos lados, buscando una posibilidad de abrirla. Pero aquello no podría romperse ni siquiera disparando todas acuellas metralletas a la vez, con el riesgo de que las balas, al rebotar, podían incluso matarlos…

Apenas cuatro minutos después de haber hablado por la radio con Olsen, los cuatro federales flotaban ya a menos de una yarda del techo. Y el nivel del agua seguía subiendo, cada vez más rápidamente. Bristol y Leopard sostenían a Leeper, y Majors descansaba ahora. El superviviente de la banda de espías se las arreglaba solo, por el momento… Pero cuando Majors volvió a

mirar hacia él, cuando ya sus cabezas casi tocaban el techo, no lo vio.

Ni siquiera tuvo voz para comunicar la noticia a sus compañeros. Bien, ellos eran los más fuertes, los más hábiles y rápidos, y lo estaban demostrando. Pero dentro de quince o veinte segundos…

Algo tiró de los pies de Majors, de pronto. Y como él, desaparecieron los otros tres,
«G-men»,
como succionados…

Cuando recobraron su facultad de mandar sobre la situación, estaban hundidos en un gran charco en el cual flotaban barricas, tablas de cajas de botellas de *whisky* y ron… Y encima de ellos, un techo alto.

—¿Estáis bien?

Bristol miró hacia donde había sonado la voz. Al final de unos escalones de piedra estaba Bridges, pistola en mano. Olsen estaba con ellos, metido en el agua, manchado de barro del piso de la bodega, que, al parecer, y para evitar posibles percances por alguna visita, los Laurence no habían estado utilizando. Así nadie querría entrar en ella…

—Estamos bien… —contestó Leopard—. Hay que sacar a Leeper de aquí en seguida. Ayúdame, Olsen… ¿Cómo pudiste abrir esa puerta?

—Fue realmente difícil: tuve que darle la vuelta a una llave.

Los renacidos
«G-men»
soltaron unas risitas nerviosas. Bridges se acercó al borde de los escalones, y cuando todos llegaron chapoteando hasta allí, ayudó a Leeper a subir. Leopard subió detrás, también sosteniendo a su compañero…

—Mira, Tony.

Se volvió. Sobre el charco de agua sucia se veían tres cadáveres, deslizándose, moviéndose todavía… Los demás debían estar aún dentro de la cueva, o en las fosas…

—Tuvimos que meterle una bala en las tripas al de la verja, pero un tal Jamison, y otro llamado Hodges, se entregaron. Están arriba.

—¿Y la chica? —musitó Bristol.

—También. Quería escapar, pero no tuvo suerte…

* * *

Bristol Regan se quedó mirando a Letitia, que le sostuvo la mirada, llameantes de odio los bonitos ojos azules.

Tony Leopard tenía razón: él era todavía un poco novato, porque sentía un profundo disgusto, una gran pena. Pero, sobre todo, porque aún se resistía a creer que aquella bonita muchacha hubiese sido capaz de dejar encerradas a unas cuantas personas en un lugar al cual ella misma hacía llegar el agua que llegaría hasta el techo, y los ahogaría como si… como… como a ratas, exactamente.

Ella estaba sentada en un sillón, y a su lado había un «G-man» que Bristol no conocía. Debía ser O'Hara o Ferguson. Muy cerca de la muchacha estaban también Jamison y Hodges, asustados, pero no parecían ignorantes de lo que habían estado haciendo.

—Una última pregunta, Letty —musitó roncamente Bristol—: ¿traían anoche el cadáver en el coche, cuando yo les hice señas?

—Te odio… —siseó la muchacha—. Pagarás esto muy caro, Bristol Regan, te lo juro…

Bristol miró a Jamison, fruncido el ceño.

—¿Lo traían o no?

Jamison asintió con la cabeza, tímidamente. Era fácil comprender el resto, ya que todo lo que habían ido pensando y deduciendo Tony Leopard y él iba cumpliéndose como si fuesen magos de verdad… El «G-man», de pronto, casi sintió deseos de golpear furiosamente a Letitia Laurence.

—La dulce y graciosa muchacha… —masculló, mirándola fríamente—. La rubita de los ojos azules y risa de niña mimada: una asesina. Lleváosla, muchachos.

El otro «G-man» la puso en pie, tirando de un brazo. Letitia quedó jadeando delante de Bristol.

—Te juro que lo pagarás, federal… ¡Te lo juro! ¡Lo pagarás muy caro!

—Al sitio donde van a llevarte, Letty, no podrás pedirle cuentas a nadie. Pero no quiero te ejecuten sin haberte pagado la deuda —sacó una moneda de veinticinco centavos, cogió rudamente una mano de la muchacha, la volvió palma arriba y aplastó allí la moneda, con fuerza—. Son veinticinco centavos, de modo que, al precio a que tu padre y tú tasáis los cadáveres, hay más que suficiente para pagártelo todo. No hagamos cuentas, porque me escalofrío… El resto, quédatelo, como una propina del FBI. Lleváosla. No quiero verla más.

Excepto Leopard, los demás «G-men» se hicieron cargo de los prisioneros, llevándose a la muchacha rubita, que parecía haber recibido un golpe fulminante, y se alejaba entre ellos mirando la moneda, estupefacta. Sí, su padre lo había comentado: a centavo el cadáver…

Leopard se plantó delante de Bristol, que se había dejado caer en el sillón que había estado ocupando la muchacha.

—A veces es más difícil sobreponerse al éxito que el éxito mismo… ¿No es así, Bristol?

—Estoy bien, Tony.

—Ya lo sé. Cuando se obtiene un resultado… duro, quedamos tristes, abatidos…, casi desmoralizados. Pero piensa que debemos seguir trabajando, precisamente para eliminar personas como éstas. Y si un hombre que se juega la vida por los demás, no puede sonreír…, ¿qué demonios le queda?

Bristol ensayó una sonrisa.

—Tienes razón, Tony. Ahora te comprendo un poco mejor…

—Hombre, estupendo… Oye, ¿qué tal si buscamos algunos cigarrillos en este bonito *living*? Y otra cosa: muy bueno tu detalle de pagarle a centavo el cadáver a esa chica. Pero mejor aún, con verdadera «chispa», ha estado el detalle de darle propina de parte del… del… del FBI…

Bristol se puso en pie de un salto. Se quedaron los dos mirándose con los ojos muy abiertos, como asustados.

—«Propina»… —musitó Bristol, en español—. Anthony Castle se llamaba en realidad Antonio Castillo, era español… PROP…

PROPINA…[2].

—¡Olseeeeennn…! —gritó Leopard—. ¡Ve a buscar el coche donde dejamos nuestras ropas!

* * *

—¡Ése es! —exclamó Bristol.

Los dos se dirigieron hacia el empleado del hotel llamado John, que se quedó mirándolos asustados cuando se plantaron ante él, excitados.

—¿Qué… qué…?

—Amigo… —dijo amablemente Bristol—. Usted fue quien subió la maleta del señor Castle a la *suite* cuarenta y seis B… ¿Correcto?

—Sí… Sí, señor, sí…

—¡Bien! ¿Le dio él una propina?

—Claro…

—¿Había una moneda de centavo en ella?

—Sí, señor… Fue un detalle que me llamó la at…

—La moneda… ¿Dónde está la moneda? ¿La tiene usted?

—No…

—¡Por Dios! ¿Qué hizo con ella?

—La… la… dejé en casa, como siempre… Le entrego las propinas a mi hija y ella las guarda en una caja, y cada final de mes las lleva al Banco y así…

—¡Vamos a su casa!

—Pero ahora no puedo…

—¡No perderá el empleo! ¡A su casa! ¡Tenemos el coche esperando afuera!

* * *

La muchacha tenía los cabellos negros, los ojos color café, la boquita alargada, dulce… Era tan bonita que Bristol se quedó como clavado en el umbral, mientras Leopard empujaba al botones John al interior de la casita. Ella se volvió en seguida, dejando al «G-man» turulato, incapaz de moverse.

—Papá, ¿qué pasa…?

—Las propinas, Elaine… Saca la caja donde guardas las

propinas. ¡Date prisa!

La muchacha corrió a su dormitorio y salió con una bonita caja de madera y, metal en las manos Leopard se la quitó, la colocó encima de la mesita, la abrió y se quedó mirando el contenido. Gruñó algo, dio la vuelta a la mesa. Había de diez, de veinticinco, de cincuenta centavos; de un dólar, dos, cinco, y algunas de diez; dos de veinte…

—¡Y solamente una de a centavo! —gritó, alzándola—. ¡Nadie da un centavo de propina…! ¡Pero sí Anthony Castle! Bristol, mira la…, Bristol, ¿dónde demonios…?

Giró, buscándolo. Lo vio todavía en la puerta, mirando atónito a la chica de los cabellos negros. Leopard también la miró, volvió a mirar a la muchacha, de nuevo a Bristol… Acabó sonriendo irónicamente. Se acercó a Bristol y le puso el centavo ante los ojos.

—Nene, despierta: la moneda de centavo. No se podrá sacar nada en limpio del inundado escondite de los Laurence, pero aquí tenemos lo que nos interesa.

—Es muy bonita…

—¿La moneda?

—Sí… ¡No!

Leopard miró de nuevo a la muchacha y la encontró mirando a Bristol, un poco sonrojada.

Volvió a sonreír.

—Bristol, tenemos que marcharnos… Hay que regresar inmediatamente a Miami. Ya se encargarán los de aquí de arreglar la situación… Nosotros tenemos que llevarle el centavo al jefe… Es un centavo de mucho valor.

—Sí… Sí, vamos… ¿Me prestarás tu yate, Tony?

—¿Prestarte mi…? ¡Ni lo sueñes! ¡Y vámonos!

ESTE ES EL FINAL

—Noticias de Washington —dijo el inspector Gordon—: han fundido la moneda, han sacado el microfilm y los técnicos están ya estudiándolo. También envían plácemes a los agentes que resolvieron tan peliagudo asunto… ¡Brrr…! ¡Esa gente era diabólica!

—¿Está todo resuelto, señor? —preguntó Bristol.

—Por nuestra parte, desde luego.

—¿Puedo… puedo marcharme ya de vacaciones?

—¿Ya? Hoy es viernes, ¿no? Empezabas el lunes, creo.

—Sí, pero…

—No te canses, nene… —Gruñó Leopard—. El tirano no cederá. Lo conozco muy bien.

—Sí, ¿eh? —Gruñó a su vez Gordon—. Eres muy listo, Tony Leopard. De acuerdo, Bristol: puedes irte cuando quieras. ¿Qué más da el viernes que el lunes?

—Atiza —musitó Leopard, sonriendo irónicamente.

Bristol se había puesto en pie de un salto. Fue a la puerta, la abrió… y Gordon frunció el ceño al ver allí dos maletas. Bristol se volvió y se quedó mirando a Leopard, indeciso.

—No digas nada… —rió el «G-man» de los ojos color pimiento—. Te hice limpiar el yate y puse en la discoteca música romántica. Ahí van las llaves de todo.

Se las tiró a las manos y Bristol se las quedó mirando. De pronto, sonrió. Naturalmente: ¿cómo pudo creer ni siquiera un segundo que Tony Leopard no iba a prestarle el yate?

—Gracias, Tony… Gracias, señor… Adiós… ¡Hasta dentro de treinta y siete días!

Lo vieron coger las maletas, despedirse del secretario personal de Gordon y desaparecer a toda prisa.

—Parece que estaba muy seguro de que lo dejaría marchar hoy… Ya tenía las maletas preparadas… ¡Qué desfachatez!

—Yo le aseguré que usted lo permitiría. Le conozco bien, jefe.

Gordon frunció el ceño, pero de pronto sonrió.

—De acuerdo, Tony. Los dos nos conocemos muy bien. Y como sé que eres muy listo, dime: ¿Adónde va ese chico con tanta prisa?

—A Nassau. Tiene que devolver una moneda de centavo a una chica de cabellos negros y ojos color café…

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Estas palabras, traducidas al español, significan: propuesta, propagar, propiedad, profeta, propicio, ofrecer, guardarropía teatral, propulsión… <<

[2] Téngase en cuenta que los lugares de acción de esta novela, así como los personajes, son de habla inglesa. Y en inglés «propina» es tip, por lo que, a un inglés, difícilmente se le ocurrirá relacionar las letras prop con lo que para ellos es tip, simplemente. (Nota del Editor). < <